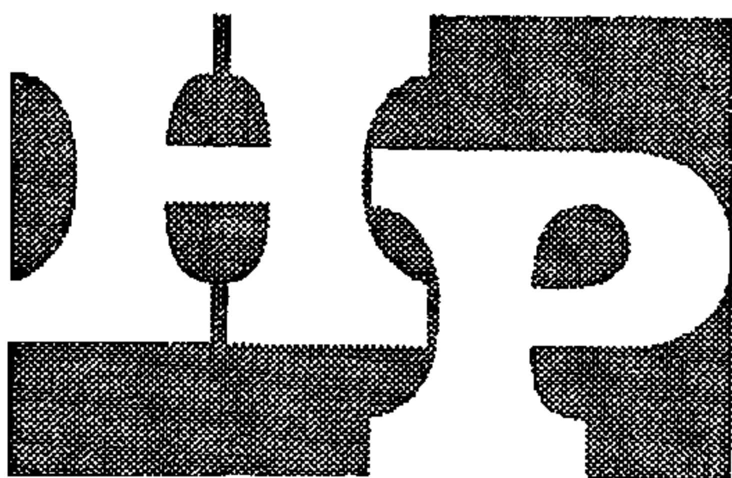


Silver Kane

PLOMO PARA LOS AMIGOS







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

PLOMO PARA LOS AMIGOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 153
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 43635-1972

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: diciembre, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

El hombre pataleaba, gemía, se retorcía con todas sus fuerzas para liberarse de las zarpas de los que le arrastraban hacia la horca. Sus pies atados iban dejando como un trágico reguero en el polvo. A la luz de las antorchas, la escena resultaba fantástica y espectral como una pesadilla.

Los que le arrastraban eran seis hombres, los seis fuertes y bien armados. Algunos de ellos aún llevaban sobre sus camisas viejas escarapelas del Sur. No se habían preocupado de cubrirse los rostros, porque el único testigo que un día podría reconocerlos, el único que tal vez podría acusarles ante un tribunal, iba a morir bien pronto.

Había un fuerte y añoso árbol cerca de la casa. Un lazo fue pasado por él, y bajo el lazo hicieron detener un caballo.

—Montadlo sobre la silla.

El hombre se retorcía y pedía piedad, pero sus asesinos no le escuchaban siquiera. Fue montado a viva fuerza sobre la silla y a viva fuerza se le pasó el lazo en torno al cuello. Luego, uno de los asesinos, un tipo joven y fuerte que tenía un lunar en la mejilla derecha, ordenó:

—¡Golpead al caballo!

Las ancas del animal fueron brutalmente azotadas por dos fustas. El caballo se encabritó, lanzó un relincho y emprendió el galope en dirección a la llanura.

Un último grito, un último estertor y la víctima quedó suspendida en el aire, colgando de la cuerda.

Todo aquello había transcurrido apenas en cinco minutos.

Desde que el hombre fue sorprendido por la noche y sacado de su cama por el grupo de asesinos hasta que éstos acabaron con él,

habían transcurrido cinco minutos tan sólo.

Igual que fantasmas, los hombres montaron en sus caballos, apagaron uno a uno sus antorchas y volvieron a galope en dirección a la ciudad.

A la mañana siguiente, un grupo de unos treinta jinetes avanzaba a través de la llanura.

Todos ellos vestían uniforme azul y lucían los distintivos de la caballería del Norte. Sus sables y las culatas de sus revólveres relucían al sol. Se detuvieron, tras una orden de su jefe, a unas pocas yardas de donde estaba el ahorcado.

El hombre que mandaba el grupo de caballería avanzó un poco más, hasta tocar los pies del muerto.

Aquel hombre era el capitán Doyle, del ejército de la Unión.

Miró el cadáver, cuyos ojos estaban espantosamente abiertos, y gruñó:

—¿Otro?

—Es una feliz casualidad, ¿no?

El capitán Doyle se volvió. Tras él había avanzado otro hombre. Éste era algo más joven, pues sólo tendría unos veintiséis años. Llamaban la atención en él su mirada gris, su boca de líneas duras y la amplitud atlética de su pecho. También llamaba la atención el que, llevando uniforme de oficial, no luciese ningún distintivo en sus hombreras ni en su gorra.

—¿Por qué es una casualidad? —preguntó el capitán Doyle.

—Porque el sitio que estaba reservado para ahorcarme a mí, ya ha sido ocupado por otro.

—Está usted de muy buen humor esta mañana, Dalton.

—Es que si me enfado no va a servirme de nada, capitán. Y me fastidiaría entrar con mala cara en el otro mundo.

—No crea que por eso vamos a aplazar la ejecución —dijo el capitán Doyle—. ¡Sacad a este muerto de aquí!

Dos soldados se destacaron para cumplir la orden. Uno de ellos desenvainó su sable de asalto y de un solo tajo segó la cuerda que sostenía al muerto. Éste cayó a tierra produciendo un ¡plaf!, siniestro y sordo.

—Son muchos los ahorcados que encontramos últimamente —dijo otro oficial, el teniente Donovan, acercándose—. Todos los que en estos pueblos han sido fieles o adictos a la causa del Norte, van

siendo asesinados poco a poco. Fíjese en este hombre, por ejemplo. Era Burton, quien durante la guerra había servido de explorador a nuestra caballería. Pasó por mil peligros, llegó la paz, volvió a su tierra y aquí ha sido colgado como un perro. ¡Después de su derrota, los del Sur lo han ejecutado como si ellos hubiesen ganado la guerra! ¡Nosotros hemos conseguido la victoria, capitán, pero eso va a servirnos de bien poco si los hombres que nos son adictos van muriendo asesinados uno a uno!

El capitán Doyle, con un gesto de impotencia, hundió la cabeza entre los hombros.

—¿Y qué puedo hacer yo? No me es posible ir deteniendo gente al azar hasta que de con esos asesinos.

—Pero puede hacer que le respeten, capitán. Usted sabe quiénes son esos asesinos, o, por lo menos, lo sospecha. Si diera un buen escarmiento, aunque sólo fuese una sola vez, todo esto terminaría. Pero con su táctica de blandura, de tolerancia, de cobardía, va a conseguir que en esta parte de Texas la guerra empiece de nuevo.

Las facciones de Doyle se volvieron rojas.

—¡Teniente Donovan! ¿Me está usted llamando cobarde?

El teniente Donovan calló, mordiéndose los labios, temeroso de haber ido demasiado lejos. Pero el subteniente Dalton, que era el condenado a muerte, lanzó una carcajada y dijo:

—Claro que no le llama cobarde, capitán. Él no se atreve. Pero yo le llamo gallina, palomo, pichón, rata y pulga de caballo. Todo eso le digo, capitán Doyle, con mi voz aterciopelada y tierna. Tómeselo como quiera, y si no puede tragárselo bien, beba un sorbo de agua. A los enemigos vencidos hay que tratarlos con compasión, pero a los asesinos que no se rinden, sólo hay que hablarles con el lenguaje del plomo y la horca. Usted, a pesar de tener aquí la máxima autoridad, no lo hace porque es débil y porque tiene miedo. Sí, tiene usted más miedo que una cándida doncella rodeada de soldados borrachos. Le deseo mucha suerte, capitán, en la pacificación de esta zona del Sur. Y ahora… ¡permítame que le presente mis respetos!

Movió los labios y le disparó un salivazo en plena cara. El capitán tuvo un gesto de furor y por unos instantes pareció como si fuera a lanzarse sobre el subteniente Dalton, quien le miraba sonriendo, pero al fin logró dominarse y extraer con mano

temblorosa un papel doblado del bolsillo superior de su guerrera.

—¡Foooormen! —ordenó.

Los jinetes formaron en cuadro, dejando en el centro el árbol, el capitán y el subteniente Dalton.

—Voy a leer la orden —dijo Doyle.

Desdobló el papel, mientras miraba al condenado con rabia mal contenida, y leyó:

> «*En virtud de las atribuciones que nos están conferidas por las leyes militares, y después de instruido sumario contra el subteniente John Dalton Clarence, del décimo de caballería, por asesinato del mayor Stucker, hemos hallado culpable al procesado y ordenamos que sea destituido de todos sus cargos y honores militares, expulsado del ejército y ejecutado en la horca como un delincuente común. La sentencia deberá ser ejecutada ante los miembros de la propia sección del condenado a la mayor brevedad posible*».

—Firma el general de la división —terminó Doyle.

—¡Valiente imbécil!

—¿Qué decía usted, Dalton?

—Nada, que le de recuerdos.

El capitán Doyle se encogió de hombros con desprecio.

Nunca había logrado entender a aquel extraño oficial que se alistó voluntariamente después de haber aprendido a luchar en los peores garitos de Nevada y que se distinguió siempre en arriesgadas misiones de guía y explorador dentro de territorio enemigo. No, nunca había logrado entenderle. Pero de un modo u otro ahora ya no volvería a tener necesidad de pensar en él.

—¡Coloquen el lazo! —ordenó.

Una nueva soga fue pasada por la misma rama de donde toda la noche anterior estuvo pendiendo el ahorcado.

—¡Cíñala al cuello del condenado!

—Gracias —dijo Dalton—. Lo haré yo mismo.

Se ajustó bien la cuerda, hizo un saludo a sus antiguos compañeros, cruzó los brazos y esperó.

En los ojos de muchos de los que habían sido sus camaradas palpitaba como un brillo de lágrimas.

—¡Deseeeemvainen…!

Se oyó un prolongado ruido metálico y los sables de todos los jinetes brillaron a la luz del sol, quedando rígidos juntos a sus cuerpos.

—Yo mismo saltaré del caballo —dijo Dalton—. Para una cosa tan sencilla como es morir, no necesito que nadie me ayude.

Iba ya a saltar de la silla, quedando así colgado de la cuerda, cuando en ese preciso instante se oyó una voz:

—¡Quietos!

Dalton se detuvo, y los cuerpos de todos aquellos hombres sufrieron como un estremecimiento.

Porque la que había dado aquella inesperada orden era una voz de mujer.

Allí estaba, completamente sola, montada a caballo y llevando cruzado sobre la silla el último modelo de rifle de repetición.

Ese rifle apuntaba al capitán Doyle.

—Pero…

Doyle estaba mortalmente pálido. No podía hablar.

—Pero ¿qué locura pretende usted, señorita Raines? —Logró terminar al fin.

—No me gusta que ahorquen a nadie en mis tierras. Porque éstas son aún mis propiedades, aunque ustedes, los perros yanquis, lo hayan destruido todo. Estoy en mi derecho si les impido que continúen aquí. Texas es grande y habrá otros mil sitios donde ahorcar a este hombre. Llévenselo.

—No lo hemos ejecutado en el fuerte porque la sentencia exige que sea ahorcado como un delincuente común —arguyó débilmente el capitán—. Este sitio está cerca de la población y nos ha parecido un lugar muy adecuado… naturalmente si usted no opina lo contrario.

—No se ablande ante esta mujer, capitán —escupió Dalton con desprecio, a pesar de que allí se jugaba nada menos que su vida—. Al final hasta los niños le van a tomar a usted a chacota. Dele un beso para que se asuste y échela a patadas de aquí.

La mujer, una soberbia morena vestida con lujo y montada sobre un caballo negro, le miró con curiosidad.

—Usted es el subteniente Dalton, ¿no?

—Lo era.

—¿Por qué le han condenado?

—Por hacerle un agujerito en la piel a un mayor de mi regimiento.

—¿Y por qué le hizo ese agujerito, si puede saberse?

—Porque él trataba de ofender a una mujer.

Bárbara Raines sonrió con desprecio.

—No parece que a usted le importe mucho el honor de las mujeres, Dalton.

—Es que aquel día debía estar borracho.

La mujer, con estudiados movimientos, dejó de apuntar a Doyle y volvió el rifle a su funda.

—Una mujer no puede ir desarmada en estos tiempos —explicó, como si quisiera justificar la presencia de aquella arma—. Le presento mis respetos, capitán Doyle. Visto que a su amigo Dalton le agrada mucho morir en mis tierras ahórquenlo aquí mismo, si les parece.

Doyle se llevó la mano a la gorra.

—Gracias, señorita Raines.

Bárbara hizo volver grupas a su caballo mientras susurraba:

—¡Idiota…!

El capitán la siguió con la mirada unos instantes y luego dijo a Dalton:

—Vamos, no perdamos más tiempo. Láncese a tierra de una condenada vez…

—Pues claro —dijo el joven—. A su salud, capitán…

Y se dispuso a lanzarse.

Pero debía estar escrito que John Dalton Clarende no tenía que morir aquella mañana.

En ese instante retumbaron dos disparos.

CAPÍTULO II

El tipo que se acercaba a galope sobre su sudoroso caballo bayo repitió sus disparos al aire para que la ejecución fuera suspendida. Mientras manejaba el revólver con la derecha iba blandiendo con la izquierda un arrugado papel. No empuñaba las riendas y sólo se sostenía sobre el caballo gracias a la fuerza de sus rodillas.

El capitán Doyle gruñó:

—Es Fairbanks, el enlace del regimiento. ¿Qué diablos querrá ahora?

—Seguramente la orden será ahora de que me ahorquen cabeza abajo —rió Dalton.

El jinete llegó ante el grupo y detuvo su caballo con un seco tirón de riendas. Hizo un saludo al capitán y le tendió el arrugado papel que llevaba en la mano izquierda.

—La orden de libertad para Dalton, mi capitán.

—¿La orden de qué…?

—Lo he dicho bien claramente. De libertad para Dalton.

—Déjeme ver ese papel.

El documento era un oficio firmado por el gobernador militar de la zona en el que se ordenaba suspender la ejecución y poner en libertad al condenado John Dalton Clarende, si bien sin permitirle, hasta nuevas órdenes, salir de la ciudad de Amarillo.

—Pero ¿qué significa esto? —rugió Doyle.

—Siga leyendo, capitán.

El documento decía a continuación que el ejército precisaba de un guía experto para transportar víveres y refuerzos a Fort Cummings, en Arizona, sitiado por los indios. Y que, como perfecto conocedor de la ruta, se emplearía a Dalton para aquella misión.

—Pero aquí no dice que luego se le vaya a perdonar la vida —

arguyó Doyle.

—Probablemente el general piensa que Dalton morirá en esa misión. No olvide que los exploradores y los guías suelen ir solos delante de la tropa, mi capitán.

—Espero que esos deseos se cumplan —dijo Doyle—. No puedo tolerar a los hombres como Dalton. ¡Teniente! ¡Qué la tropa forme en columna de a dos!

El teniente gritó la orden, e instantes después se deshacía el cuadro humano dentro del cual había estado el condenado a muerte. Éste, como si por primera vez le fallara la serenidad, estaba ahora intensamente pálido.

—¿Debo entender que tengo que acompañarles? —preguntó.

—En efecto, pero le estará prohibido salir de la ciudad de amarillo hasta que el mando disponga de usted.

—Mejor es Amarillo que una tumba, ¿no?

—¡Colóquese a la cabeza de la tropa y deje de hacer comentarios!

—¡Atiza! ¡Pero qué energía gasta mi capitán!

Doyle estuvo a punto de llevarse la mano al revólver, pero se inmovilizó ante la sonrisa helada de Dalton.

Dalton tenía una manera especial de sonreír que helaba la sangre en las venas.

Llegaron en formación a Amarillo.

La ciudad estaba siendo cruzada en aquel momento por una punta de ganado y el polvo inundaba las calles. Se veían aún en éstas algunos uniformes del Sur. Las tropas de ocupación toleraban aquello y toleraban también que sistemáticamente fueran ahorcados todos los hombres que de un modo u otro habían sido fieles a la causa del Norte.

Dalton fue mirando los rostros de los que se hallaban en la calle, uno por uno, con esa especial curiosidad que se siente cuando uno tiene la sensación de que ha vuelto a nacer.

Comprendió que allí se estaba tramando algo, algo que haría estremecer al Sur. Quizá un levantamiento en toda regla para volver a encender la llama de la guerra.

Cuando la tropa se detuvo ante el acuartelamiento, el capitán Doyle le ordenó:

—Prefiero que vista usted de paisano, Dalton. Según la orden

que he recibido ha pasado usted a ser algo así como un explorador al que se tolera que siga viviendo. No pienso tolerar más ejemplos de indisciplina ni deseo que tenga el menor contacto con sus antiguos compañeros de armas. Cómprese unas ropas de vaquero, Dalton, y no salga de Amarillo si desea tener el cuello entero.

—De acuerdo, no saldré de aquí. Al fin y al cabo éste es el único lugar divertido que hay en cien millas a la redonda.

Sonrió otra vez y entró directamente en un almacén de ropas hechas, donde encontró un atuendo completo de vaquero que le sentaba perfectamente. Como no llevaba armas, adquirió también dos revólveres marca Colt y munición suficiente para llenar sus cintos canana.

Cuando salió de allí, tocado con su blando sombrero de anchas alas, parecía un vaquero más de los que continuamente conducían puntas de ganado hacia el Norte.

Entró en un saloon que estaba solo medianamente concurrido a aquella hora, y pidió una botella de *whisky*. Estuvo bebiendo hasta hartarse, aunque no por eso consiguió sentirse mareado ni vio las cosas con más optimismo.

Llevaría allí una media hora cuando entró Borkes, un antiguo asistente suyo que había sido licenciado meses antes, al término de la guerra civil.

Borkes le miró como quien ve una aparición, e incluso tuvo que tomarse dos copas de *brandy* antes de atreverse a hablarle.

—Pero, Dalton —gruñó al fin—, ¿eres tú de verdad? ¡Me habían dicho que te ahorcaban esta mañana!

—Y es cierto —dijo tranquilamente el joven.

—Pero entonces, ¿qué infiernos estás haciendo aquí?

—Llegó una contraorden a última hora, pero eso no tiene demasiada importancia. ¿Quieres *whisky*?

—Al contrario, me importa muchísimo lo ocurrido. Pareces haber olvidado que me salvaste la vida una vez. ¿A qué ha sido debida esa contraorden?

—El ejército necesita un guía para que lleve una tropa a Fort Cummings a través de los laberintos rocosos de Arizona. Saben que moriré por el camino y prefieren que, al menos, les haya servido de algo. Ésa es la razón. No sé cuándo saldré, pero debo estar preparado.

—Esas cosas son frecuentes en estos tiempos —dijo Borkes—. También los sudistas soltaron a muchos presidiarios para que realizaran misiones especiales, de esas de las que no se vuelve. Fort Cummings debe estar en muy mala situación, cuando envían allí a un condenado a muerte.

—Ha sido cercado por los indios. Imagino que la guarnición debe estar dando ya las últimas boqueadas.

—¡Diablos! De todos modos eso no deja de ser una suerte. ¡A tu salud, muchacho!

—A la tuya.

Bebieron sendos vasos de licor. Después, secándose la boca con el dorso de la manga, Borkes preguntó:

—¿Ya te has dado cuenta de la suerte que has tenido al llegar esa contraorden a tiempo? Un minuto más y…

—En efecto, me he dado cuenta. Y sé que se lo debo todo a una mujer.

—¿A una mujer?

—Sí, una elegante damisela llamada Bárbara Raines. Ella detuvo unos momentos la ejecución diciendo no sé qué acerca de la propiedad de sus tierras. De no ser por su intervención, yo hubiera muerto sin ningún género de dudas.

—¿Y no le has dado las gracias aún?

—Cualquier día, cuando la vea por ahí, la besaré —rió Dalton—. Supongo que con eso estará bien pagada.

—Tú siempre serás el mismo alegre fanfarrón, Dalton —rió Borkes.

—Pues los tiempos no son muy adecuados para que uno se sienta alegre.

—¿Qué ocurre?

—Esta zona está repleta de fugitivos del ejército del Sur. Muchos de ellos han visto destruidos sus hogares y taladas sus tierras a causa de la guerra. No tienen trabajo ni ganas de buscarlo. En cambio les sobran armas. Ansían venganza y botín. Todos estos sentimientos, que en cierto modo son explicables y lógicos, están siendo utilizados por alguien que pretende encender nuevamente la guerra en el Sur.

—¿Por qué supones eso?

—Entre otras cosas porque van siendo ahorcados poco a poco

todos los partidarios del Norte que no visten uniforme militar. Con el ejército aún no se han atrevido, pero se atreverán pronto. Y ahorcarán sobre todo a los que tuvieron algo que ver con nuestro servicio de información durante la guerra.

—¿Con qué objeto?

—Esos hombres conocen a todo el mundo y podrían decimos quiénes son los que tratan de encender nuevamente la guerra en el Sur. Por eso los sudistas los vigilan, buscan el momento oportuno y caen por la noche sobre ellos, como lobos. Luego los ahorcan.

Borkes apuró de un trago otra copa y se acarició el cuello. Él, durante la guerra, también había estado al servicio del Norte.

—¡Diablos! —Gruñó.

—No te preocupes, Borkes —le tranquilizó Dalton—. Tú eres inofensivo. A ti no te ahorcarán.

Levantó la botella para vaciar el último *whisky* que quedaba en su fondo y en ese momento todos oyeron en la calle un grito de mujer.

Dalton dejó la botella sobre la barra, hizo «chask» con dos dedos y salió a la puerta del saloon.

El espectáculo que en aquel momento tenía lugar en la calle principal de Amarillo era de lo más inesperado y miserable que los ojos de Dalton habían visto jamás.

Una mujer joven y bonita, pobremente vestida, corría por el centro de la calle buscando guarecerse en cualquier sitio. Gracias a la maravillosa agilidad de su juventud, la velocidad con que avanzaba era extraordinaria. Tras ella, al galope, iban cuatro jinetes, uno de los cuales hacia oscilar un lazo sobre su cabeza.

Lo arrojó de repente y enlazó a la muchacha por la cintura, deteniéndola repentinamente en su carrera. La muchacha cayó con un gran revuelo de faldas, lo que originó gritos de entusiasmo y aplausos rastreros entre parte de los espectadores masculinos. Los cuatro jinetes pusieron entonces sus monturas al paso y se acercaron poco a poco, con lentitud ignominiosa, a la mujer que se debatía sobre el polvo.

Uno de los jinetes, un tipo joven con el rostro quemado por el sol, descendió al llegar junto a ella.

—Así estás mejor —silabeó—. Así, tan hermosa…

Su compañero tiró de la cuerda para poner a la mujer en pie, y

lo hizo tan brutalmente que le desgarró parte del vestido.

Había más de cien hombres armados en la calle, presenciando aquello, pero ninguno se atrevió a defenderla.

Sólo un militar era testigo de aquella escena: el capitán Doyle. Pero a éste no le gustaba liarse a tiros por culpa de cualquier cosa.

A Dalton sí.

Dalton avanzó desde el porche, apartó de dos violentos codazos a los espectadores que estaban delante de él y se acercó poco a poco a los cuatro jinetes haciendo tintinear sus espuelas.

—¿Tenemos baile, amigos?

Los cuatro se volvieron a la vez.

—Lárgate de aquí. Nadie te ha dado vela en este entierro. Si quieres conservar tu preciosa nariz sobre tu preciosa boca, recoge la cola y vete.

Dalton escupió tranquilamente al suelo.

—Lo mismo haré sobre vuestros cadáveres si no dejáis libre inmediatamente a esta mujer.

Dos de los jinetes fueron a sacar sus revólveres, pero el que había quedado más atrás, deseando evitar un desafío que no les convenía en este momento, arguyó:

—Esta mujer ha escapado de la casa a la cual pertenecía. Es propiedad de *miss* Bárbara Raines.

—¿Propiedad…? —Silabeó Dalton.

—La compró hace años en Nueva Orleans y pagó por ella un buen precio. Legalmente le pertenece y tiene derecho a perseguirla si trata de huir.

—¡Qué tonto soy! ¡Pero si yo creía que la esclavitud había sido abolida! —rió Dalton con inocencia.

Pero sus ojos grises y fríos eran como un presagio de muerte.

—No digas una palabra más —gruñó el de las facciones tostadas por el sol—. Ni una palabra. Lárgate de aquí si quieres vivir. La esclavitud sólo se ha abolido para los idiotas.

—Vosotros hacéis cara de serlo.

El que estaba más rezagado gritó:

—¡Bueno, muchachos, basta!

Eran cuatro contra uno. Estaban tan seguros de vencer que ni siquiera se molestaron en actuar todos a la vez. Dos sacaron los revólveres antes que los otros dos.

Y ésos fueron los que antes atravesaron aullando las fronteras de la muerte.

Dalton adelantó primero una cadera, luego otra, como en un extraño baile, mientras vomitaba plomo a través de las fundas. Los otros dos quedaron con las manos rígidas y quietas al verse encañonados por los revólveres de Dalton.

Éste sintió un irrefrenable deseo de disparar, pero se contuvo en el último instante.

—Tengo la costumbre de dar ventaja a mis enemigos —susurró—, y vosotros no la tenéis ahora. Eso os salva. ¡Largaros y seguid viviendo, pero si volvéis a molestar a esta mujer no conoceré la piedad!

Los dos jinetes que quedaban vivos, blancos como el papel, guardaron sus revólveres y, volviendo grupas, desaparecieron como exhalaciones por el otro extremo de la calle.

Dalton, sin demasiada galantería, dijo entonces a la mujer, que aún estaba en el suelo.

—Levántese.

Ella obedeció, aunque aún se la notaba jadeante después de la terrible carrera.

—Gracias —dijo tan sólo.

—No vale la pena. ¿Para qué la perseguían esos tipos?

—Para ahorcarme.

La respuesta, dada con una sencilla solemnidad, impresionó a Dalton.

—¿Para ahorcarla?

—¿Tanto le extraña? ¿Es que no sabe que cada noche hay muertos en esta región?

—Sí, pero hasta ahora las víctimas habían sido hombres. La verdad, perseguir a una mujer tan bonita para desaprovecharla de esa manera…

—No me parece usted de mejor madera que ellos —le increpó la muchacha—. Tiene ojos de pistolero.

—Y usted tiene ojos de reina. Pero vamos, éste no es momento para discutir de cosas tan estúpidas. Usted necesita animarse un poco. Entre en aquel saloon y la invitaré a unas copas de licor.

La tomó del brazo y la acompañó. Todos los hombres que habían estado contemplando la escena se apartaron en actitud respetuosa.

Dalton ni siquiera dirigió una mirada a los muertos.

Una vez en el saloon, se sentó junto a la muchacha a una apartada mesa. Pidió *brandy* para los dos.

—Supongo —comenzó ella después de beber un sorbo—, que querrá hacerme algunas preguntas. ¿No me ha salvado por eso?

—La he salvado porque no me gusta que un grupo de cobardes maltrate a una mujer. Pero, en efecto, quiero hacerle algunas preguntas, porque se da la casualidad de que yo conozco a Bárbara Raines y estoy en deuda con ella. ¿Es cierto que la compró como esclava en Nueva Orleans?

—No fue ella, sino su padre. Tenía muchísimos esclavos cuando empezó la guerra. La mayor parte eran negros, pero había también algunas mujeres blancas.

—¿La respetó? —pregunto Dalton después de morderse los labios con fuerza.

—Para defenderme tuve que huir dos veces y errar durante días enteros por la llanura. Las dos veces fui capturada, y cuando ya me consideraba perdida completamente empezó la guerra y el padre de Bárbara Raines marchó al frente de un grupo de artillería.

—¿Qué fue de él?

—Logró llegar hasta aquí durante la retirada, pero los nordistas le hicieron prisionero y saquearon su casa. Como intentó defenderse, un soldado le disparó un pistoletazo en plena cara, deshaciéndole la cabeza. Aún ahora recuerdo aquello con un estremecimiento de horror.

—¿Y por qué siguió usted en esa casa?

—Porque muerto él ya no tenía nada que temer, y su hija Bárbara, aunque es muy orgullosa, resulta soportable. Además, no tenía adonde ir. Aquello era al menos un refugio.

—¿Seguía siendo tratada como una esclava?

—La situación era diferente. Habíamos pasado a integrar el servicio de la casa, por decirlo así. Muchos antiguos esclavos negros han permanecido fieles a los Raines porque tampoco tenían adónde ir. Bárbara nos trata a todos relativamente bien.

—¿Y quiénes eran esos tipos?

—Formaban parte de los grupos que frecuentemente se reúnen en aquella casa.

—¿Con qué objeto?

—Nunca lo he sabido exactamente, pero imagino que… Bueno, en realidad estoy diciendo tonterías. Ignoro por completo el motivo de que se reunieran allí. Querían organizar un buen rancho, seguramente.

—No tiene confianza en mí, ¿eh? —preguntó Dalton haciendo una mueca con los labios.

—No se trata de eso. Digo la verdad.

—Mire, hermana, sólo tengo veintiséis años, pero he tratado ya a mucha gente. Y sus palabras huelen a mentira desde la ciudad de Amarillo a la ciudad de Houston. Teme que aquellos tipos puedan atacarla otra vez y por eso se niega a revelarme lo que sabe. ¿Es cierto?

Ella no contestó.

—Su silencio equivale a una respuesta afirmativa. Pero le ruego que no tema. Puedo protegerla mucho mejor si conozco la verdad.

—No creo que le interese mucho saber lo que ocurre en aquella casa —musitó ella—. Su oficio no debe ser hacer investigaciones. Tiene todo el aspecto de un conductor de manadas.

Dalton no dijo que había sido subteniente de la caballería del Norte y que pensaba volver a recuperar sus entorchados aunque fuera colgando al capitán Doyle. Se limitó a encogerse de hombros con negligencia.

—Está bien, no insistiré, aunque creo que debería decirme la verdad. Una última pregunta: ¿sabía Bárbara Raines que esos tipos la perseguían para ahorcarla?

—No creo que lo supiera. Me han sorprendido a la entrada de la población.

Dalton depositó sobre la mesa unas monedas para pagar el *brandy* y se puso en pie.

—¿Adónde quiere que la lleve?

—No tengo adónde ir… —reconoció tristemente la muchacha—. Después de lo ocurrido no me parece lógico volver a aquella casa.

—Creo que si me dice la verdad podré ayudarla mejor —susurró él.

—Es posible… que se la diga. Pero déjeme pensar. Sé que corro un grave peligro y que he de obrar con mucha prudencia. Por favor, deme tiempo hasta esta noche.

—En tal caso esta noche volveremos a vemos.

—¿Y entretanto…?

—La colocaré bajo la protección de las autoridades militares.

Salieron del saloon y cruzaron la calle. En este momento los cadáveres estaban siendo retirados. Dalton notó que los individuos vestidos con uniforme sudista que merodeaban por allí le dirigían miradas cargadas de odio.

Eso le divirtió. Mejor que hubiera movimiento, diablos. De lo contrario, Amarillo corría peligro de convertirse para él en una ciudad muy aburrida.

—Nos dirigiremos al capitán Doyle —decidió Dalton—. Es un tipo sin energía y que además me odia, pero en este momento es en Amarillo la máxima autoridad militar. Si los soldados la protegen tiene que ser con su consentimiento.

Penetraron en el fuerte, situado a media milla de la población. Como todos conocían a Dalton y simpatizaban con él, nadie opuso reparos a su entrada aunque fuese acompañado por una mujer. El joven se dirigió en línea recta al despacho del capitán Doyle.

Llamó con los nudillos.

—Adelante.

Dalton entró con la muchacha. El capitán estuvo a punto de dar un salto al verlo en su despacho.

—Pero ¿usted aquí? ¿Cómo diablos…?

—Vengo a solicitar que proteja a esta mujer —dijo Dalton sin preámbulos—. Corre grave peligro puesto que los elementos sudistas de la población piensan ahorcarla. Pero ¿para qué le cuento eso? Usted mismo estaba entre los mirones cuando la defendí.

—Sí, y no me gusta que haya dejado tendidos a dos hombres, Dalton.

—¿No? Pues yo pienso que ese trabajo tenía que habérmelo ahorrado usted, capitán. ¿O es que tenía miedo?

—¡No empecemos otra vez, Dalton! ¡No he podido ahorcarle, pero eso no impedirá que le haga encerrar hasta que le envíen a Fort Cummings! ¡Sepa que no he intervenido porque no quería más desorden!

—¿Y aquello no era un desorden?

—La guerra trae guerra, Dalton. No sé si usted sabe eso. Mate usted a un hombre y sus compañeros querrán matarle a usted. Así no terminaremos nunca. Alguien tiene que ceder el primero, ¿no?

—Ante los asesinos no se debe ceder. Las leyes han sido hechas precisamente para eso.

—¡Mire, Dalton, ya estoy harto de usted y de sus malditas peleas! ¡Quiero gobernar una ciudad tranquila y no una ciudad llena de muertos! Aquellos hombres pertenecían al grupo de Bárbara Raines, que es una verdadera eminencia en esta población, y no me ha parecido oportuno desafiarlos a muerte.

—¡Oh, no! ¡Era mejor dejar que ahorcaran impunemente a una pobre muchacha! Pero no he venido para discutir de eso, capitán. Dos de aquellos tipos están muertos y la muchacha se ha salvado. Lo demás no importa. Pretendo que esta mujer sea puesta bajo la protección de las autoridades militares por lo menos hasta que salga una diligencia que la lleve fuera de la ciudad.

—No me gusta eso, Dalton.

—¿Por qué?

—Porque no quiero mujeres en el acuartelamiento, y menos mujeres tan bonitas como ésta.

Dalton hizo avanzar un poco su poderoso puño por encima de la mesa.

—Va usted a tragarse sus deseos y sus gustos, capitán. Demasiado sé que a Fort Cummings no llegaré vivo y por eso no me importa aplastarle las narices ahora. ¡Proteja a esta mujer o de lo contrario tendrá que responder de ello con su propia piel, capitán!

Doyle se encogió de hombros al fin, derrotado. Hundió la cabeza entre los hombros y dijo:

—Temo lo que pueda suceder cuando se entere Bárbara Raines. Es posible que haya un verdadero conflicto en la ciudad. Pero ya que usted me lo pide con tanta elegancia la protegeré, Dalton.

Éste suspiró, aliviado, y miró a la muchacha.

—De acuerdo entonces en vemos esta noche. ¿A qué hora?

—A las doce. No quisiera que nadie pudiese oír lo que tengo que decirle.

—A las doce estaré aquí.

Dalton se cuadró por instinto, aunque ya no llevaba uniforme militar, y salió del despacho.

Desde allí fue directamente a un hotel de poca categoría. Creyendo que iban a ahorcarle se había gastado todo el dinero en dar a sus amigos una brillante y alegre fiesta de despedida. Y ahora

resultaba que se había gastado el resto en sus ropas y en licor, no quedándole dinero ni para pagar su habitación una noche.

Ésta era la razón de que no hubiera instalado a la muchacha en una habitación donde ambos pudieran estar cerca, para vigilarla.

Para pagar lo suyo ya se arreglaría.

Cuando vio la cama se tumbó en ella y estuvo durmiendo sin parar más de catorce horas seguidas. Toda la tensión de los últimos sucesos se reflejaba ahora en el cansancio abrumador, total, de sus músculos y de sus nervios.

A medianoche despertó.

CAPÍTULO III

Toda la ciudad parecía sumida en el más absoluto silencio.

Dalton se vistió y aseó rápidamente, completó la carga de sus revólveres y descendió a la calle.

Como aquélla era una zona relativamente tranquila de la ciudad, no era extraño el silencio que la rodeaba. Más allá estaba la zona de los saloons, con sus músicas y sus eternos gritos y peleas. Dalton pasó cerca de esa zona sin detenerse y se encaminó en línea recta al acuartelamiento.

Temía llegar tarde, aunque en realidad sólo había transcurrido un cuarto de hora desde la medianoche.

En el acuartelamiento había la guardia de costumbre. El centinela le dejó pasar.

—¿Está en su despacho el capitán Doyle?

—Creo que lo encontrarás allí. Oye, Dalton, si necesitas dinero avisa.

—Gracias, muchacho, me defiendo por el momento.

Se encaminó al despacho del capitán, llamó y le fue concedido el permiso.

Doyle estaba tras su mesa, fumando un grueso cigarro. Tenía expresión preocupada y parecía no haberse movido en muchas horas de allí. No había ni rastro de la muchacha.

—Hola, Dalton. Siéntese.

—¿Dónde está la chica?

—¡Qué impaciente es usted! Deje que hablemos.

—¿Dónde está la chica?

Doyle se tragó el humo que tenía en la boca.

—Está… en casa de Bárbara Raines.

—Pero ¿qué dice? —aulló Dalton lanzándose casi sobre la mesa

—. ¿No ve que es allí donde están aquellos tipos, los mismos que han tratado de ahorcarla? ¿Es que se ha vuelto loco, capitán?

—Nunca he tomado una determinación más sensata. Escúcheme.

Dalton se sentó frente a él, pero otra vez sus ojos brillaban con un extraño presagio de muerte.

—Hable.

—Si emplea ese tono para hablar conmigo, Dalton, lo haré encerrar.

—Usted no se atreve a encerrar a nadie, ni siquiera a los que asesinan impunemente por las noches. Hable.

—La he enviado a casa de Bárbara Raines porque ella me lo pidió.

—¿Quién es ella? ¿Bárbara?

—Sí.

—¿Y qué dijo a todo esto la muchacha?

—Dijo que si Bárbara Raines en persona prometía protegerla no tenía miedo a regresar allí. Que Bárbara era una persona muy tratable y que aquellos hombres no se atreverían a repetir el golpe.

Dalton se removió intranquilo en su asiento.

—¿Por qué consintió usted, capitán? Me había prometido tenerla bajo la protección de las autoridades militares, en este caso representadas por usted.

—Ya le he dicho que no quiero conflictos con la gente de esta ciudad. Bárbara Raines significa aquí mucho, y negarme a devolver a esa muchacha podía haber parecido una muestra de desconfianza, casi una clara acusación. Lo que he hecho me parece lo más prudente y justo, Dalton. ¡Y le prohíbo terminantemente que mueva un solo dedo porque de lo contrario lo pagará con la vida!

Dalton se puso bruscamente en pie.

—¡Si a esa mujer le sucede algo, capitán, le colgaré delante de toda la ciudad del árbol más alto que haya en Amarillo!

—Pero… ¿cómo se atreve?

—Esta ciudad está llena de asesinos que actúan a sus anchas y que matan, roban, violan cuando les parece. ¿Qué ha hecho usted para impedirlo, capitán? ¡Nada! ¡Absolutamente nada, excepto decir que no quiere conflictos! ¡Pues yo voy a proporcionarle tantos, si esa mujer muere, que pedirá a gritos que le cuelguen, capitán!

Apretó los puños, dio media vuelta y salió del despacho sin que

Doyle se atreviera a decir una palabra más.

Se encaminó a las cuadras y pidió al cabo que le dejara llevarse un caballo, prometiéndole que se alejaría muy poco de los límites de la ciudad.

Aun exponiéndose a una grave pena, el cabo se lo dejó. Dalton montó en el corcel y emprendió un rápido galope en dirección a la casa donde vivía Bárbara Raines.

La encontró sin dificultad, pues no en vano había estado a punto de ser ahorcado cerca de allí aquella mañana. Vio que en el hermoso porche, pintado de blanco había luz a pesar de lo avanzado de la hora.

Bárbara Raines estaba allí, sentada en una elegante butaca mecedora, contemplando a lo lejos las inciertas luces de la ciudad de Amarillo.

Dalton descabalgó y avanzó hacia ella. Bárbara le miró con una sonrisa entre sorprendida y burlona.

—Creo que debería ponerme a gritar —susurró—. No es agradable encontrarse con muertos después de la medianoche.

—No me han liquidado todavía.

—¡Vaya! Tiene usted suerte. Esta mañana, en cambio, ni usted ni yo hubiéramos dado medio dólar por su piel.

Dalton se acercó más a ella. Palpitaban los músculos poderosos de su cuello y brillaban otra vez sus ojos grises con un peligroso fulgor. La mujer, sin impresionarse, le seguía mirando burlona. Era hermosa, tan hermosa como puede ser una amapola entre un nido de serpientes.

—¿Qué quiere? —preguntó directamente ella.

—Quiero saber por qué has llamado a esa mujer.

—¿Y por qué tanto interés? ¿Es que acaso estás enamorado de ella?

—Ni siquiera sé su nombre. Pero temo que corra peligro de muerte y eso es ya bastante para mí.

—Se llama Elena. Bonito nombre, ¿verdad? Y sólo tiene veinte años. Casi desde que nació ha vivido para ser esclava.

—La guerra ha durado cuatro años precisamente para que la esclavitud sea abolida. Pero no es eso lo que me importa ahora. Quiero saber por qué la has hecho llamar.

—Aunque no lo creas la profeso cariño y no quería que la

obligaseis a salir de la ciudad.

—Nadie iba a obligarla a nada. Simplemente se trataba de evitar que la atacasen otra vez. Llévame junto a ella.

—Puedes ir tú mismo a buscarla. Vive a menos de una milla de aquí, en los pabellones destinados a los colonos.

—¿Cómo? Pero ¿no está en esta misma casa?

—¿Por qué iba a estarlo? Ella ha vivido siempre allí. Además en esta casa no hay apenas dos habitaciones utilizables, desde que los yanquis os dignasteis ganar la guerra.

Dalton apretó los puños otra vez.

—Indícame el camino.

—Eres muy galante —susurró Bárbara—. Es de noche, estoy sola y sólo se te ocurre preguntarme cómo puedes ir a ver a otra mujer.

—Es que esa mujer podría estar muriendo en estos momentos.

—No digas tonterías. Pero si de ese modo vas a estar más tranquilo ve a verla. De la parte trasera de la casa nace una senda que te llevará en línea recta hasta allí.

—Gracias.

—¿Por qué las das? Ni siquiera te he concedido un beso.

Le sonrió con la misma sonrisa entre admirativa y burlona mientras él montaba a caballo de un salto y tomaba a galope el camino que le había indicado.

La senda tenía aproximadamente una milla de longitud, en efecto. Pero parecía como si tuviera cuatro.

Serpenteaba entre dos colinas, y el camino era de tal modo enrevesado que era imposible que desde los pabellones donde vivía la servidumbre se viera nada de lo que ocurría en la casa principal, y al contrario.

Quizá el padre de Bárbara no había querido que los esclavos que labraban sus tierras vieran el lujo que imperaba en su mansión durante las fiestas de gala.

Dalton pensaba en eso cuando avistó por fin los pabellones que le habían indicado.

Estaban en el fondo de una hondonada, rodeados de grandes árboles, y junto a ellos se apreciaba inusitado movimiento de antorchas.

Mientras de su garganta, sin que él se diera cuenta, partía un salvaje grito de guerra, Dalton lanzó su caballo a galope en

dirección a la hondonada.

Sentía el peso de los Colt oscilar en sus costados. Doce balas… Doce balas con las que podría liquidar a once hombres y a una mujer: Bárbara Raines.

Si ella le había engañado, si Elena iba a morir por culpa suya, ¡lo pagaría!

El movimiento de antorchas correspondía a seis jinetes que estaban frente a los pabellones. Éstos correspondían a unas grandes casas de un solo piso, con muchas ventanas, donde seguramente vivieron los esclavos desde tiempo inmemorial. Los seis jinetes vigilaban, armados de rifles, para que nadie interrumpiera la labor de otros cuatro, que llevaban a rastras a una mujer.

El lugar hacia el cual la arrastraban era un grueso árbol del que pendía una cuerda.

Dalton lanzó otro grito al reconocerla. ¡Era Elena, la mujer a la que aquella mañana salvó!

Los cuatro sujetos la arrastraban, a pesar de sus forcejeos, y los otros seis impedían con sus rifles que nadie pudiese auxiliarla. Era una cacería en regla, un asesinato miserable que hubiese hecho hervir la sangre de cualquier hombre. Y la sangre de John Dalton Clarence estaba hirviendo desde el día en que nació.

Vio que dos de los sujetos eran los que habían quedado vivos aquella mañana. Decidió que ya habían palpitado bastante sobre la tierra. Ahora les había llegado la hora de pagar.

Dalton procuró que su caballo hiciera ruido mientras sacaba los revólveres y se sostenía solamente con las rodillas.

Doce balas. Habría bastante para todos…

Los de los rifles se volvieron, y uno de ellos intentó hacer fuego. Dalton le disparó un balazo a la cabeza, saltándole la tapa de los sesos. Elena lanzó un grito al reconocerle.

—¡Pronto, ahorcadla! —gritó alguien.

—¡Un paso más y os acribillaré a todos! —rugió Dalton.

Demasiado sabía que no iban a hacerle caso. Aquel grupo de asesinos estaba allí para matar, no para atender a razones ni a amenazas. Los de los rifles se echaron las armas a la cara mientras los de a pie corrían a toda velocidad hacia el árbol para ahorcar a la muchacha cuanto antes. Y entonces se apoderó de Dalton una especie de fiebre.

Supo que los mataría. Los mataría a todos aunque para ello hubiera de perder hasta la última gota de su sangre.

Disparó en primer lugar contra los dos individuos que había dejado escapar aquella mañana, y a los dos les voló la cabeza.

Luego, con una fantástica velocidad, dirigió sus armas contra los que arrastraban a la muchacha.

En la mirada de ésta había una desesperada súplica, una llamada desgarradora que infundía piedad.

Dalton apuntó a uno que ya iba a levantar a la muchacha hasta la soga. Le voló también la cabeza. Dalton, en esta negra aventura, no iba a conocer la compasión.

Y de repente, cuando apuntaba a sus otros enemigos, el mundo entero pareció terminar para él.

Alguien le había golpeado en la nuca con un objeto contundente. Dalton oyó un disparo y el fogonazo casi le dejó ciego.

Y luego nada. Sólo un silencio espantoso que era preludio de la muerte.

CAPÍTULO IV

Cuando recobró el conocimiento tuvo la sensación de que algún vampiro le había chupado toda la sangre del cuerpo.

Intentó mover un brazo y no pudo. Se sentía completamente sin fuerzas y con los nervios convertidos en pedazos de corcho. Alzar los ojos le costó un terrible esfuerzo, pero al fin pudo conseguir ver dónde estaba.

Se encontraba en un pequeño bosquecillo, junto a un riachuelo de agua murmuradora acariciada por las ramas bajas de los árboles. Era todavía de noche y la luna estaba muy alta.

Al principio Dalton no comprendió nada de lo que le había ocurrido, pero luego empezó a entenderlo.

En primer lugar, se llevó una mano a la nuca y comprobó que la tenía llena de sangre coagulada. Le dolía horriblemente. Quien le golpeó por la espalda lo había hecho empleando seguramente la culata de un revólver. Tal vez pensó hacerle prisionero, pero en ese momento otro de los asesinos debió disparar a quemarropa. Dalton aún tenía la camisa chamuscada por la pólvora. Afortunadamente la bala sólo le había hecho una rozadura en la oreja izquierda, arrancándole parte del lóbulo.

Pero ¿cómo había logrado escapar de allí?

Dalton tampoco tardó en comprenderlo.

Seguramente su caballo se había encabritado con el disparo, enloqueciendo de terror. Esto solía ocurrir con animales jóvenes como el que él montaba. Y llevándolo a él inerte sobre la silla debía haber emprendido un galope rabioso en dirección al cercano bosquecillo, con tanta velocidad que ni siquiera debieron acertarle los disparos. Luego Dalton cayó sin duda, y sus enemigos no pudieron dar con él porque seguramente siguieron persiguiendo al

caballo.

Y fue después de recordar todo esto cuando le sobrevino un terrible pensamiento: Elena.

Había dejado a la muchacha indefensa en manos de aquellos asesinos. ¿Qué habría sido de ella?

Guiado por un impulso salvaje, Dalton se puso en pie.

Sus ojos habían recobrado todo el peligroso brillo que los caracterizaba. Otra vez eran como un presagio de muerte.

Salió del bosquecillo y avanzó por la llanura ondulada en dirección al lugar de la pelea.

La luna lo iluminaba todo con un resplandor lívido.

Sobre la tierra blanda, Dalton vio las huellas de los caballos que le habían perseguido.

Y de repente alguien que estaba agazapado tras unos matorrales disparó sobre él.

Cuando la luna es tan clara suele jugar malas pasadas a los tiradores demasiado nerviosos, las sombras dan tal sensación de realidad que si no se tienen los nervios bien templados se suele fallar el tiro.

Eso fue lo que le ocurrió al hombre que estaba acechando a Dalton.

La bala sólo rozó al joven, quien se lanzó a tierra al sentir el contacto caliente del plomo.

Su enemigo volvió a disparar otra vez, pero ahora con tal precipitación que sólo pudo levantar un surtidor de polvo a un par de yardas por delante de la cabeza de Dalton.

Éste dio tres saltos en zigzag, como había aprendido a hacerlo en la guerra, y se abalanzó como un ciclón sobre su oculto enemigo.

Dos disparos más rasgaron inútilmente el aire. El tirador manejaba un rifle, y eso le resultó fatal a tan corta distancia. Antes de que pudiera apretar el gatillo de nuevo, Dalton estaba sobre él.

Vio que era uno de los hombres que antes arrastraban a la muchacha hacia el árbol. Ese hombre manejaba ahora un cuchillo, después de soltar el rifle. Dalton lanzó una especie de carcajada satánica mientras le golpeaba el rostro con los dos puños enlazados.

Su adversario emitió un gemido y rasgó el aire con su cuchillo, pero tirando a ciegas. Dalton le inmovilizó el brazo y con el puño derecho le golpeó sin piedad las sienes.

El otro aún hacía frenéticos esfuerzos para clavarle la afilada hoja. Pero Dalton, sin inmutarse, siguió golpeando. Sabía que sus mazazos en las sienes eran de los que no perdonan.

Por fin su enemigo lanzó un estertor y aflojó la presión del brazo, que terminó cayendo pesadamente a tierra. Por el blanco de sus ojos, Dalton adivinó que el traidor tenía ahora hemorragia cerebral y que no tardaría en morir.

Se puso en pie, desentendiéndose de aquel enemigo. Sólo volvió a ocuparse de él para despojarle de sus cintos canana y ceñírselos con los revólveres. Había perdido sus armas cuando quedó sin conocimiento y el caballo lo llevó inerte sobre su silla.

Sin duda los asesinos habían dejado a aquel centinela allí para exterminarle por si volvía. Pero el tiro les acababa de salir por la culata. Y Dalton torció sus labios en una fría sonrisa.

De pronto aquella sonrisa quedó muerta en su boca.

Porque acababa de ver el gigantesco árbol del cual iba a ser colgada Elena poco antes.

Y ahora, pendiendo trágicamente de ese árbol, oscilando a impulsos de la suave brisa nocturna, estaba el cuerpo de una mujer.

Dalton se acercó allí lentamente. Otra vez sentía como si sus nervios fueran pedazos de corcho, y otra vez la muerte parecía haberse metido como una maldición hasta en el fondo mismo de su sangre.

Elena estaba muerta, pendiendo de aquel árbol. Tenía las manos juntas, los ojos cerrados y una indefinible expresión de calma en su rostro, a pesar de la horrible muerte sufrida. Seguramente rezaba, cuando el cáñamo se clavó en su piel. Dalton la miró unos instantes y luego, con los dientes apretados, extrajo un revólver.

De un solo disparo hizo saltar la cuerda que la sujetaba. La muchacha cayó a sus pies como una cosa blanda y suave que produjo al hombre una contracción de pena en la garganta.

Dalton enfundó el Colt.

Ya no volvería a sacarlo si no era para repartir la muerte.

Volvió junto al hombre a quien antes golpeara y vio que acababa de fallecer.

Lo arrastró entonces hasta dejarlo oculto por el ramaje y buscó su caballo, que no podía estar lejos.

En efecto, lo encontró. Era un potro negro que caracoleaba impaciente junto al tronco al que le habían atado. Dalton lo acercó por las riendas junto al cadáver de Elena, cruzó a la muchacha sobre la silla y luego montó él, emprendiendo el regreso a Amarillo.

No galopó porque no tenía prisa. Ahora sabía que iba a exterminar a muchos hombres que aún palpitaban sobre la tierra de la ciudad. Mejor dejarles vivir todavía un poco más, mejor permitirles que vieran un nuevo día… porque ya no llegarían a ver la próxima noche.

—¿Dónde está el capitán Doyle?

El centinela parpadeó al ver la expresión de Dalton, y sobre todo al ver el cadáver de la mujer cruzado sobre la silla.

—Se ha quedado a dormir en su despacho. Por lo menos en toda la noche no ha salido de allí.

Dalton hizo avanzar a su caballo nuevamente, poniéndolo al paso. Subió con él al porche donde estaba la puerta del despacho de Doyle e hizo que el animal la empujara con sus remos. Sólo tuvo que inclinarse un poco para entrar dentro de la habitación con caballo y todo. Doyle, que estaba vestido y dormitando sobre un diván, se despertó con una terrible expresión de sobresalto.

—¡Dalton! Pero ¿qué significa esto?

El caballo volvía a caracolear inquieto dentro de la habitación. Derribó una mesa y estuvo a punto de aplastar a Doyle con sus patas. El capitán, completamente consternado, no sabía de qué forma reaccionar.

—Oiga, Dalton, esto… es una locura. He llegado ya a los últimos extremos de mi paciencia y me veré obligado a repeler la agresión con las armas en la mano.

—Yo no le estoy agrediendo, capitán Doyle.

—¿No? ¿Qué hace entonces?

Dalton levantó el cuerpo de Elena con sus dos brazos y lo arrojó como una acusación contra el capitán Doyle. Éste recibió sobre su cuerpo la fatídica carga y cayó al suelo. Lanzó un respingo al ver todavía la cuerda en torno al cuello de Elena.

—Pero… ¿qué significa esto?

—Su protección, capitán.

—Oiga, Dalton, yo no podía hacer otra cosa. Compréndalo… ¿Dónde ha ocurrido esa tragedia?

—Dé a las cosas su nombre Doyle, y pregunte dónde ha ocurrido este asesinato.

—¿Dónde… ha ocurrido?

—A una milla de la mansión de Bárbara Raines.

—¿Y la ha visto a ella después de esto?

—No.

—Pero debía haberlo intentado al menos. Bárbara sabrá algo. Ella…

—Ella no la ahorcó, capitán. Cada cosa a su tiempo. Fueron once hombres los que cometieron el crimen. De ellos, si no me equivoco, he exterminado a cinco. Quedan seis. Una vez esté resuelto lo de esos seis le tocará el turno a Bárbara Raines.

—Oiga, Dalton: todo lo que usted piensa… es horrible. ¿Ha venido a acusarme?

—No he venido a acusar a nadie, capitán.

—¿Pues a qué si no?

—A pedir justicia.

Doyle pareció tranquilizarse ante aquella frase, la cual indicaba que al menos Dalton no pensaba exterminarle en aquel mismo momento, como había temido al principio.

—Eso me parece mejor, Dalton. Ha sido asesinada una mujer y, naturalmente, los culpables serán castigados. ¿Sabe quiénes son?

Dalton contestó con una pregunta.

—Aquí rigen aún leyes de guerra, ¿no?

—En efecto.

—Pues deme un piquete de diez hombres y yo les iré señalando quiénes son esos tipos. Los colocaremos frente a un paredón y los iremos ejecutando sin más trámites. En caso de asesinato las leyes militares ordenan que se actúe así.

—¡Pero está usted loco, Dalton! ¡Eso significará una verdadera revolución en la ciudad! ¡Seguro que los asesinos son gente importante, hombres contra los que no se puede hacer nada sin exponerse a graves peligros!

—Sí, capitán, son gente importante. He reconocido a un secretario de la Junta de Vecinos, al presidente del Comité de ex prisioneros y al jefe de la Liga para la redención del Sur, aparte unos cuantos tipos que todos sabemos pertenecen al Ku-Klux-Klan. Gente importante, pero que perderá todo su empaque ante diez

rifles apuntándoles a la cabeza.

—Dalton… —balbució el capitán—. Usted no se da cuenta de lo delicado de la situación. Usted no quiere comprender…

—Comprendo que no ha nacido usted para militar, Doyle sino para pastor de ovejas. Dejaría ahorcar a su padre con tal de no tener conflictos, y los hombres no hacen eso, los hombres, cuando hay que pelear, pelean, y cuando les apresan se defienden. En fin, he venido a pedir justicia, capitán, y la justicia según las leyes militares que está obligado a cumplir, consiste en un paredón y diez rifles. ¿Qué contesta?

—Contesto que es imposible, Dalton.

Se oyó en la habitación el seco chasquido de los dientes del joven.

—Falta a sus deberes, capitán. ¿Puedo saber qué es lo que piensa hacer con esos asesinatos?

—Pues lo normal en estos casos. Se hará una investigación, se advertirá al juez…

—… Y la mujer será enterrada bien pronto para que se la olvide cuanto antes, ¿no es cierto? —terminó Dalton—. Demasiados asesinatos se han cometido en Amarillo sin que nadie dijese nada, capitán, pero éste no va a quedar impune. Buscaré yo sólo a esos hombres y los agujerearé con plomo apenas amanezca el nuevo día. Luego, si lo desea, le remitiré sus cadáveres para que pueda interrogarlos en presencia del juez.

—¡Dalton!

—Entrégueme el cuerpo de esa mujer.

—¿Qué piensa hacer con él?

—Darle sepultura en el cementerio de Amarillo. Y oiga una cosa, capitán: junto a su tumba dejaré abiertas otras seis. Si quiere divertirse no deje de venir, porque habrá entierros para toda la semana.

Doyle estaba pálido como un crío, sin atreverse a llamar a sus soldados por temor a que Dalton lo hiciera aplastar por las patas de su caballo. Demasiado sabía él que no tenía escapatoria en una habitación tan pequeña.

—Oiga, muchacho… —Intentó convencerle aún—. Si mata a esos hombres por su cuenta se convertirá en un proscrito. La guerra ha terminado ya, y es necesario que alguien sea el primero en dejar

de emplear su revólver…

—Si ellos continúan la guerra yo la continuaré también —dijo Dalton—. Pero van a tener suerte. Les daré una oportunidad para que se defiendan, y puede que para divertirlos más los mate los seis a la vez. Ande, capitán, llame al juez e inicien juntos una investigación para saber a quién mataré primero…

Doyle sostenía en sus brazos el cuerpo de la muchacha. Él volvió a tomarla entre los suyos y la cruzó nuevamente sobre la silla, haciendo dar media vuelta a su caballo.

El capitán aún intentó detenerle.

—¡Dalton…!

Pero Dalton encabritó su caballo y lanzó los remos de éste contra el cuerpo de Doyle, quien cayó hacia atrás exhalando un gemido.

Luego Dalton salió del despacho y con su lúgubre carga sobre la silla salió del acuartelamiento para dirigirse a gran velocidad a la colina donde estaba situado el cementerio de Amarillo.

CAPÍTULO V

Todos los hombres que estaban a aquella hora tomando el sol del atardecer en la calle principal de Amarillo, siguieron con ojos inquietos al jinete que regresaba a la ciudad al trote corto, viniendo de la colina donde estaba el cementerio.

Aquel hombre tenía una expresión tal en la mirada que por fuerza tuvieron todos que fijarse en él.

Dalton, pues no era otro, desmontó ante una armería y penetró en ella para comprar más municiones.

—¿Cuántas quiere? —preguntó el armero.

—Seis para cada hombre. Treinta y seis balas en total, y todas con punta endurecida —dijo Dalton.

Un vejete que fumaba tranquilamente su pipa a la puerta de la armería oyó aquella petición y fue a pasos largos a hablar con los que estaban en el porche frontero.

—Me parece que va a haber sangre —murmuró.

—¿Qué pretende ese tipo?

—Es Dalton, el que ayer mató a dos hombres aquí mismo. Parece que no está satisfecho y quiere aumentar la «producción».

—Todo esto tiene que estar relacionado con la mujer a la que ayer salvó.

En aquel momento, un hombre que estaba al cuidado de la conservación de las lápidas en el cementerio de Amarillo llegó a gran velocidad en un traqueteante carromato y se detuvo ante el grupo que se había formado a poca distancia de la armería.

—¿Habéis visto por aquí a Dalton?

—Está comprando municiones.

—Pues es necesario avisar al *sheriff* o, mejor aún, al capitán Doyle.

—¿Por qué?

—Ha estado haciendo cosas muy extrañas en el cementerio. Desde anoche ha abierto siete hoyos para siete tumbas.

—¿Siete tumbas?

—Sí. En una de ellas ha dado sepultura a Elena, la mujer a la que ayer salvó.

—¡Diablos! ¿Es que luego la ha matado él?

—No. Al parecer, anoche Elena fue apresada por unos cuantos partidarios del Sur, que la ahorcaron a la luz de las antorchas.

—Pero ¿por qué?

—Quizá sabía demasiado sobre las muertes que últimamente han ocurrido en la ciudad.

Las preguntas y respuestas eran rápidas como disparos. Alguien más preguntó al del cementerio:

—¿Y qué significan esas siete tumbas?

—Ya os he dicho que en una de ellas ha enterrado el cadáver de Elena. Las otros seis… están vacías.

—¡Cuerno! ¡Eso significa que piensa llenarlas!

—¡Pero no es posible que un solo hombre se atreva con seis pistoleros en un mismo día!

En aquel momento salió Dalton. Llevaba los cintos canana repletos de plomo. De su cintura colgaba además un cuchillo Bowie.

Pasó por delante de los hombres, que enmudecieron ante su presencia, montó de nuevo a caballo y salió a galope en dirección a los terrenos donde Bárbara Raines tenía su mansión.

La casa, rutilante y blanca, destacaba ahora como una joya entre las verdes colinas.

Dalton, al descender del caballo, encontró a dos tipos de pie en el porche de la casa.

Los dos iban armados y tenían las manos un poco arqueadas, muy cerca de las culatas de los Colt.

—¿Qué quieres, forastero? —preguntó uno de ellos.

—En primer lugar no soy forastero —contestó Dalton con calma —, y en segundo lugar me vais a permitir que pase u os clavo a balazos en la misma puerta. ¿Hace?

Los dos cambiaron una breve mirada mientras las manos se acercaban más a las culatas.

—Di a qué vienes.

—Quiero ver a Bárbara Raines.

—¿Para qué?

—Para pedirle veinte dólares prestados. ¡Vamos, dejadme pasar de una condenada vez!

—Más vale que te largues, forastero. Bárbara Raines no está visible. Si quieres algo de ella, escríbele una carta.

Dalton sonrió secamente.

—Bueno.

Dio media vuelta y se dirigió hacia su caballo. Pero no había andado todavía dos pasos cuando se volvió con la rapidez del rayo.

Los dos hombres, inclinados hacia adelante, tenían ya los revólveres en las manos.

—¡Cobardes! —gritó Dalton.

Se dejó caer de costado a tierra, mientras sacaba sus armas. Las balas picotearon a sus pies, en el lugar que antes ocupaba, y levantaron surtidores de tierra.

Dalton apoyó el codo derecho en el suelo y disparó primero con esta mano. Luego con la mano izquierda.

Sus dos balas encontraron las cabezas de los enemigos.

Los dos hombres soltaron sus revólveres y cayeron del porche cabeza abajo, dando una trágica voltereta. Luego quedaron tendidos cerca de los peldaños, con las manos todavía cubriéndose la cara.

Dalton les hizo un saludo, quitándose el sombrero y entró en la casa.

Parecía como si ésta estuviese abandonada, pues no se veían sirvientes por ninguna parte. No obstante todo estaba limpio, ordenado, pulcro. La casa de Bárbara Raines era una señorial y auténtica mansión del Sur.

Dalton subió al piso superior y fue abriendo a puntapiés las puertas de todos los dormitorios. Se hallaban en orden, pero vacíos. Por fin, en el más lujoso de todos ellos, vio a Bárbara Raines vuelta de espaldas a él, vestida con una bata de seda semitransparente y retocándose el maquillaje ante el espejo de su tocador.

—Entra —invitó cuando él se detuvo en la puerta.

—Buenos días, Bárbara.

Ella dio media vuelta en la banqueta, girando el cuerpo hacia él.

—Me alegra que hayas venido. Empezaba a aburrirme en esta casa. ¡Nadie viene jamás por aquí!

—¿Y esos dos gorilas de la puerta?

—Me los ha regalado mi prometido Ben Drawford.

—Pues puedes decirle que eran de mala calidad —gruñó Dalton —. Se han estropeado.

—Sí, ya he oído disparos. ¿Es que no te dejaban entrar?

—Justo, no me dejaban. Y me, gustaría saber por qué tenían esa consigna.

—Mi prometido, Ben Drawford, es muy celoso. Y como por aquí merodean tantos forajidos me ha puesto una vigilancia para que no me ocurra nada.

—¡Qué delicado! ¿Y en qué clase de pocilga vive tu amigo Ben Drawford?

—Parece mentira que no lo conozcas. Es uno de los elementos más importantes de la Junta de Vecinos y aspirante a la plaza de gobernador del Estado para las próximas elecciones.

—Empiezo a recordarlo —silbó Dalton—. Un fanático del Sur.

—Tú también eres un fanático, pero del Norte.

—Te equivocas. Sólo soy un fanático de la ley. Allí donde ésta es pisoteada se me encuentra a mí con los revólveres a punto. Creo que por eso he venido aquí.

—¿Con los revólveres a punto?

Ella se puso en pie y avanzó hacia él poco a poco. Tenía unos movimientos suaves, cimbreantes. El perfume que emanaba de sus cabellos y su piel parecía llenar la habitación entera.

—Pero ¿por qué hemos de parecer enemigos? —susurró Bárbara —. ¿Qué ha ocurrido entre nosotros?

—Nada.

Ella se acercó más aún y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Demuéstramelo.

Había echado la cabeza hacia atrás y tenía cerrados los ojos. Dalton fingió ir a besarla y de repente movió la mano derecha.

La seca bofetada hizo girar el rostro de la mujer, que cayó desplomada al suelo con unas gotas de sangre en los labios.

—Yo no me dejo seducir por cantos de sirena —murmuró Dalton —. Es inútil que emplees conmigo todas tus carantoñas, hermana. No he venido aquí a admirarte sino a averiguar algo, y lo averiguaré aunque tenga que romperte todos los huesos de la cara.

Ella no protestó. Se limitó a limpiarse muy suavemente, con el

dorso de la mano, la sangre que manchaba sus labios.

—Es por esa mujer, ¿no?

—Justo; por esa mujer.

—¿Es que la amabas?

La pregunta desorientó a Dalton, que realmente no la esperaba.

—¿A ti qué te importa?

—Es verdad, no me importa —musitó ella tristemente, mientras se ponía en pie—. ¿Qué quieres saber?

—Los nombres de los seis asesinos que la ahorcaron.

—¿Para qué? Has matado ya a cinco de ellos. Mis colonos han estado enterrándolos esta mañana.

—Quedan seis —contestó secamente Dalton.

—Recuerda esto —susurró la mujer—. Si te digo sus nombres moriré.

—Me importa muy poco lo que pueda sucederte. Y si no te mato ahora mismo es sólo porque estás indefensa y porque eres una mujer. De lo contrario te acribillaría a balazos como he de hacerlo con esos seis hombres.

Ella bajó la cabeza. Había una extraña tristeza en sus gestos y en su voz, una tristeza que impresionó a Dalton. Pero pensó que se estaba volviendo un sentimental. Aquella mujer merecía la muerte al menos una docena de veces. No podía dejarse influir por ella ni por aquella luz gris del atardecer que iba entrando por las ventanas e invitaba a sentirse blando, tolerante. En el cementerio de Amarillo había seis tumbas abiertas y era necesario llenarlas antes de aquella noche.

—Los nombres —exigió.

—Les viste a todos la cara, ¿no?

—Sí, pero quiero saber dónde puedo encontrarlos ahora.

—Han huido. No están en la ciudad.

—Me lo imaginaba. De todos modos, ¿quiénes son?

—Aparte de mi prometido, que participó en lo que ellos llaman el castigo, los que quedan vivos son Peter Leins, Burt Cánova, Mike Storkey, Frank Stul y Emil Bumey.

—Parece que los conoces bien, ¿eh?

—Habían estado muchas veces en esta casa.

Dalton asintió pensativamente con la cabeza, luego miró con desprecio a la mujer y dio media vuelta.

—John… —llamó ella—. Sé que no me volverás a ver.

Hacía años que una mujer no llamaba a Dalton por su nombre. Pero a pesar de que ella lo hizo con voz suplicante, la respuesta del hombre fue:

—¡Vete al infierno!

Salió y cerró secamente la puerta a su espalda. En el porche, doblados tal como los dejara, aún estaban los dos muertos. Dalton los arrastró hasta un lugar más apartado, les cruzó los brazos sobre el pecho y les cerró los ojos. Luego montó a caballo para iniciar cuanto antes la persecución de los fugitivos.

Decidió que empezaría por los pabellones de los colonos, y se dirigió hacia allí.

Pero cuando había llegado a lo alto de la colina, siguiendo el mismo camino que la noche anterior, vio que el capitán Doyle estaba junto a los pabellones con dos de sus ayudantes.

Dalton descendió a galope hacia allí.

CAPÍTULO VI

El capitán Doyle estaba preguntando a unos cuantos negros en la puerta de los pabellones:

—¿Habéis visto en qué dirección huían los que anoche ahorcaron aquí a una mujer?

Ninguno de los negros, pobres seres que un año antes aún eran esclavos, se atrevía a dar una respuesta concreta. Al fin uno de ellos balbució:

—Huyeron en dirección norte, señor, aproximadamente siguiendo la ruta de las diligencias.

Doyle se llevó la mano al sombrero, saludando, y ordenó a sus dos ayudantes:

—¡Vamos!

Pero en aquel momento le interrumpió una carcajada burlona. Se volvió, irritado, y pudo ver a Dalton.

Dalton había detenido su caballo a poca distancia de allí y le miraba retadoramente.

—¿Con sólo dos hombres persigue a seis asesinos, capitán?

¡Eso no le importa, Dalton!

—Lo hace sólo por cumplir con el expediente —dijo el joven—. Sabe de sobra que no los encontrará.

—¡Repito que no le importa! ¡Y daré conocimiento de sus insolencias al general Stucker, quien dentro de muy poco va a realizar una inspección por esta zona!

—Dígale lo que quiera.

Dalton empezó a hacer girar su caballo en dirección a las colinas.

—¿Adónde va, Dalton, si puede saberse?

—A la ciudad de Amarillo, capitán. Esos hombres han dejado

demasiadas huellas para haber huido efectivamente hacia el Norte. Están en Amarillo mientras usted los busca por aquí. Ya le compraré un farol para que le ayude a encontrarlos, capitán. Buenas noches.

Regresó a galope a la ciudad.

Sobre la llanura habían caído ya las primeras sombras de la noche.

Sí, sobre la llanura habían empezado a caer ya las primeras sombras de la noche, pero en cambio la ciudad de Amarillo brillaba como una inmensa luciérnaga enroscada en la oscuridad.

Debía haber llegado allí una conducción de ganado y los *cowboys* que la transportaban se debían estar divirtiendo. Las luces de todos los saloons brillaban a la máxima potencia. Todas las lámparas de petróleo zumbaban al estar encendidas a la mayor intensidad. Dentro de los saloons, docenas de *cowboys*, granujas, pistoleros y timadores bebían apoyados en las barras o contemplaban con ojos encandilados a las bailarinas que sobre los tablados de los escenarios taconeaban el seductor can-can francés.

Amarillo estaba en la mejor hora de una de sus mejores noches.

Formando grupo en una barra bebiendo hasta reventar, cinco hombres se hallaban en el mejor saloon de la ciudad.

Llevaban dinero fresco, y eso siempre se nota a lo lejos. Casi todas las bailarinas, después de su actuación, habían acudido a rodearles. Los pistoleros las abrazaban y besaban, y luego, cuando se habían hartado de ellas, las arrojaban a empellones. A una de ellas le rasgaron el vestido de arriba abajo, entre estentóreas risotadas de los asistentes.

Aquellos hombres se llamaban Peter Leins, Burt Cánova, Mike Storkey, Frank Stul y Emil Bumey.

Los cinco sabían algo de cierta operación de castigo que tuvo lugar la noche antes.

Peter Leins tenía aspecto de ser su jefe.

Era un tipo más bien bajo, grueso, con músculos y cara de bestia. Todo su pecho estaba cubierto de tatuajes representando caras de mujeres, cada uno de los cuales llevaba un nombre debajo.

Todos aquellos nombres pertenecían a mujeres asesinadas por el mismo Peter Leins.

Ahora, mientras bebía, dijo a Bumey, al más joven de los pistoleros:

—Tú, tráete a Lansing.

—¿El de los tatuajes?

—Claro, imbécil. ¿Quién va a ser?

Bumey lanzó una carcajada estúpida, abriendo mucho la boca. Bumey era rubio, con la piel blanca y lechosa, y el cabello se le caía a mechones a causa de alguna vergonzosa enfermedad. Los músculos de la garganta se le dilataban al reír. Peter le lanzó a la cara el contenido de una copa y el otro siguió riendo mientras se pasaba estúpidamente la lengua por los labios para aprovechar las gotas de licor.

—Claro, claro, el del tatuaje —farfulló—. Lo dices por lo de Elena…

—Es un bonito nombre que falta a mí colección —dijo Peter enseñando los dientes—. Tengo el de Mary, el de Sally, el de Ethel, el de Stella… Elena completará un buen grupo. Mientras la ahorcábamos, ¿pensasteis lo mismo que yo, muchachos?

—Seguro —rió Cánova—. Todos pensamos que era una mujer demasiado bonita para desaprovecharla de esa manera.

Lanzaron en grupo una unánime carcajada mientras vaciaban del todo sus copas de licor. Luego Peter repitió:

—Anda, Bumey, tráeme a Lansing.

Bumey salió y cinco minutos después regresaba con un tipo de aspecto apocado, semi calvo, sin armas, y el cual llevaba en un pequeño maletín todo lo necesario para hacer tatuajes.

Lansing tenía por clientes a los mejores pistoleros de Amarillo, puesto que entre éstos se había introducido la moda de tatuarse el nombre de los enemigos muertos.

Pero tatuar el nombre de mujeres asesinadas, Lansing no lo había hecho nunca hasta encontrar a aquella fiera con apariencia humana que era Peter Leins.

—El nombre es Elena —dijo Peter—. Era una mujer muy hermosa, diablos. ¿No la habías visto tú por aquí, desgraciado?

—Sí, señor Leins. Claro que la había visto. Una mujer verdaderamente hermosa.

—A ti te gustaba, ¿no?

—Yo, aunque no lo parezca, entiendo de mujeres, señor Leins. Y

aquélla era un buen ejemplar. Valía la pena.

—Pues empieza a tatuar su rostro y debajo inscribes el nombre. Yo, ¿sabes?, soy un sentimental y quiero tener un recuerdo de ella.

Se sirvió otra copa y puso aún más al descubierto el pecho para que Lains empezara a trabajar.

En aquel momento salieron seis bailarinas al escenario. Los aplausos se hicieron atronadores.

Pero Lansing, mordiéndose los labios a causa del nerviosismo, trabajaba afanosamente sin pensar en otra cosa.

Nadie se fijó en un hombre con las ropas cubiertas de polvo que se acercaba a la barra, ocupaba una mesa enfrente del grupo de pistoleros y se ponía a mirarlos fijamente.

Como desde aquella mesa apenas se divisaba el escenario nadie la había ocupado antes de él. Y nadie se dio cuenta de que ahora había un hombre sentado ante ella.

Aquel hombre llevaba dos revólveres, un cuchillo Bowie y un obsesionante deseo de matar clavado hasta el fondo del corazón.

Contempló en silencio cómo Lansing iba tatuando dificultosamente el rostro de una mujer sobre el pecho de Peter. Contempló a los otros mientras bebían. Y empezó a pensar quién iba a ser el primero.

Peter tenía aspecto de ser el jefe del grupo. Lo dejaría para el final de la función.

Llevaba allí unos quince minutos sin que nadie se hubiera fijado en él, cuando de repente gritó:

—¿Es que nadie sirve esta mesa?

La llamada parecía claramente dirigida a los pistoleros. Éstos se volvieron poco a poco.

Bumey palideció. Sobre su piel lechosa se dibujaron instantáneamente unas gotitas de sudor frío.

—¡Es John Dalton!

—¿Por qué no me servís? —preguntó John mirando a los cuatro asesinos—. ¿No os pagan para eso?

Peter dio un empujón a Lansing. Eran cuatro contra uno y no tenía miedo. Castañetearon sus dientes mientras miraba los ojos implacables de John Dalton.

—¿A qué has venido?

—¿No lo ves? A beber…

—Está bien, bebe. Nosotros no somos los camareros.

Peter había decidido mostrarse poco agresivo para dar a su enemigo una falsa sensación de confianza. Nada podrían hacer mientras él estuviese alerta, puesto que además no le veían las manos. Pero en cuanto se distrajera un poco…

—¡Qué distraído soy! —dijo Dalton—. Pensaba que erais los camareros y en realidad sois los encargados de la limpieza.

Se oyó el rechinar de los dientes de Cánova.

—Pero ¿a qué esperamos? ¿Por qué no sacamos las armas todos a la vez y lo achicharramos aquí mismo?

—Calma, calma —recomendó Peter con una extraña sonrisa—. Primero hay que saber qué es lo que desea el señor. A lo mejor nos confunde. ¿Podemos saber a quién busca, caballero?

—¡Oh, claro que sí, milord! —sonrió también Dalton—. Busco a unos sujetos que anoche ahorcaron a una mujer llamada Elena.

—En tal caso no hay duda de que se confunde. A esos sujetos los está buscando ya el capitán Doyle.

—¿Y qué les parece? ¿Los encontrará?

—Claro, no hay duda. Han huido hacia la frontera. Todo el mundo en la ciudad lo sabe.

—Menos yo. Debo ser tonto.

—De eso no tenemos la menor duda —dijo Bumey.

Los ojos de Dalton rebrillaron un poco con un extraño fulgor metálico.

—Tú serás el primero —susurró.

—Pero ¿para qué tanta paciencia? —gritó el pistolero—. ¿A qué esperamos para matarle?

En el saloon se había hecho un espantoso silencio. La música ya no sonaba, las bailarinas se habían detenido. Todo el mundo estaba pendiente de las palabras y los movimientos del grupo de asesinos y del hombre sólo que los desafiaba.

—No podemos hacer nada contra este caballero —dijo Peter con la misma sonrisa meliflua—. No sería noble por su parte empezar un desafío en estas condiciones. Tiene las manos debajo de la mesa y no sabemos qué es lo que empuña en ellas.

Dalton sonrió.

Y entre aquel espantoso silencio levantó las manos y depositó sobre la mesa lo que había estado sujetando hasta entonces.

Una cuerda.

Hasta el nudo corredizo estaba hecho ya. Sólo faltaba el hombre que quisiera estrenarla.

—Pero… ¿estás loco? —balbució Cánova.

—Me he constituido en juez de este asunto y he dictado ya sentencia —explicó calmosamente el joven—. Los cinco estáis condenados a muerte. Podéis empezar a explicarme cuáles son vuestros últimos deseos, porque como a lo mejor mañana me voy de vacaciones pienso empezar a ejecutar la sentencia ahora.

Todos quedaron como petrificados. Pero Bumey, impaciente, lanzó un grito y se movió.

En su mano derecha apareció un revólver.

Y en la mitad de su frente una mancha escarlata.

Dalton sólo había movido una mano, la derecha, con tan endiablada velocidad, que apenas fue posible seguir su gesto. Cuando Bumey había puesto su revólver en línea de tiro, un Colt brillaba ya en la mano de Dalton. Dos llamas anaranjadas brotaron del cañón. Bumey soltó el revólver, se llevó ambas manos a la cabeza y cayó pesadamente mientras por entre sus dedos comenzaba a deslizarse la sangre.

Dalton sopló en el cañón del revólver y lo volvió a guardar con una calma glacial, mientras miraba a sus cuatro enemigos.

Ninguno de éstos se había atrevido a moverse.

—La sentencia ha empezado a cumplirse —dijo Dalton—. ¿Quién desea seguir a este caballero para conocer las maravillas del otro mundo?

—¡Estás loco, Dalton, completamente loco! —gritó Peter—. ¡Quedamos cuatro hombres vivos y no podrás vencernos!

—Hace un instante he tenido la ocasión de mataros a todos —sonrió Dalton—. Me hubiese bastado con apretar el gatillo cuatro veces más. Pero en lugar de eso os ofrezco una partida de naipes.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente esto: juega tú conmigo, Peter. Si ganas pelearé con los cuatro a la vez. Ya ves que tendréis una buena ventaja. Si pierdes, lucharé con vosotros uno a uno.

—No hace falta jugar. Sacamos ahora mismo los cuatro a la vez y el asunto está resuelto.

—Te equivocas. Hay una importante diferencia. Ahora puedo

anticiparme a vuestros movimientos sin que lo notéis, puesto que estoy sentado a una mesa y en cualquier momento me es fácil ocultar una mano. En cambio, si me corresponde desafiarme con los cuatro a la vez, lo haremos a doce pasos y estando todos de pie, unos frente a los otros.

En efecto, la diferencia era importante. Peter lo reconoció así. En este instante mismo, Dalton tenía una mano semi oculta bajo la mesa. Le bastaría un simple movimiento para acribillarles antes de que sacaran —jugaré— musitó.

Y echó un poco la cabeza hacia atrás, gesto que comprendieron todos sus compañeros.

Tenían que actuar apenas Dalton estuviese distraído o mirara con atención las cartas.

Esta situación la habían repetido varias veces desde que trabajaban juntos. Eran un equipo perfectamente compenetrado. Durante una partida de naipes, un hombre tiene que mirar su juego continuamente, y cualquier momento de distracción bastaría para que Dalton quedase allí mismo cosido a balazos.

Peter se sentó frente a él.

—Una baraja nueva —pidió.

Un camarero la trajo. Apenas la había depositado sobre la mesa, se apartó inmediatamente.

Él sabía bien lo que iba a ocurrir porque lo había visto hacer varias veces a aquel grupo de asesinos. Si le hubiesen dicho que apostara por Dalton una botella vacía, seguramente que no lo hubiera hecho.

—¿Cómo jugamos? —preguntó Peter.

—A la carta más alta.

—No, no, prefiero que liguemos juego —gruñó el pistolero, pensando que una partida larga ofrecía más posibilidades a sus amigos—. Hubo una época en que a mí me llamaban escalera real. Jugar a la carta más alta es una simple cuestión de suerte. Ligar jugadas y formar una buena combinación es, por el contrario, una cuestión de sabiduría.

—Muy bien, de acuerdo.

Los dos se pusieron a jugar. Dalton sabía que su enemigo había sido tahúr profesional en otro tiempo y que le ganaría si no actuaba con gran prudencia. Pero eso era casi imposible porque al mismo

tiempo necesitaba vigilar a los tres asesinos que quedaban frente a él.

¿Por qué se había puesto voluntariamente en aquella situación desesperada?

Probablemente ni el mismo Dalton lo sabía. Le gustaba el peligro y le gustaba que sus enemigos tuvieran siempre más posibilidades que él mismo. No dar una oportunidad, aunque fuera a la peor de las alimañas, le parecía a él algo canallesco. Quizá por eso le habían pronosticado varias veces que moriría demasiado joven.

Ahora, de todos modos, él mismo comprendía que se había pasado de la raya. No podría vigilar las cartas y los asesinos a la vez.

Los miró a todos fijamente. Cánova era el más nervioso. Él sería seguramente el primero en actuar.

—Juego —pidió.

Peter pidió también. Dalton apenas miraba los naipes. Pidieron los dos cartas, una vez más.

Y de repente, Cánova gritó:

—¡Maldito…!

Tenía ya el revólver fuera de la funda, aprovechando un segundo de distracción de Dalton. Todos los nervios de éste sufrieron como una descarga cuando volcaba la mesa con las rodillas, que había tenido preparadas. Y la volcó, arrojándose a tierra, porque el principal peligro no era Cánova, después de todo, sino Peter, que dispararía contra él a quemarropa apenas intentase repeler la agresión de su compinche.

La bala de Cánova pasó a unos milímetros de la cabeza de Dalton, mientras éste se arrojaba al suelo. Peter sintió que la mesa se le venía encima y cayó de espaldas a tierra mientras desenfundaba sus armas.

Los otros dos asesinos sacaron también.

Casi todos los que estaban en el saloon volcaron las mesas y se arrojaron a tierra.

Dalton, desde el suelo disparó a través de la funda con el revólver derecho trazando un movimiento de abanico para obligar a sus enemigos a protegerse. No tenía tiempo para apuntar, no tenía tiempo para nada más que para dibujar ante él una barrera de balas lo más espesa posible. Y en efecto, aunque no alcanzó a nadie, los

tres pistoleros que estaban junto a la barra se vieron obligados a arrojarse al suelo también.

Dalton ganó con ello un par de segundos.

Y entonces varió el campo de tiro empleando el revólver izquierdo.

Una de las balas alcanzó mortalmente a Peter, que ya se había puesto en pie. El proyectil le atravesó de abajo arriba el corazón cuando levantaba su revólver. Y enseguida Dalton dio otro puntapié a la mesa, arrojándola más lejos.

Eso desorientó a sus enemigos, que disparaban como locos sin darse cuenta de que luego ya no tendrían tiempo para recargar sus armas. Y sin darse cuenta tampoco de que en este momento ya sólo eran dos contra uno.

Los dos pistoleros que quedaban con vida eran Mike Storkey y Frank Stul.

Mike recibió un balazo en la mandíbula, quiso huir hacia la puerta y entonces otra bala le atravesó la nuca.

Ciego de terror, Frank Stul intentó seguir el mismo camino, saltando como un loco hacia los batientes. Casi lanzó un grito de triunfo al ver que sus manos los rozaban y que Dalton no había disparado contra él. Quizá se le habían acabado las municiones, quizá… Empujó los batientes y en este momento sintió que algo silbaba sobre su cabeza.

La soga. Dalton había lanzado el lazo sobre él al estilo vaquero, ciñéndoselo al cuello.

Unos segundos después, Frank había sido ahorcado, como lo fue Elena, la mujer a la que asesinaron.

Dalton encajó bien los revólveres en las fundas y salió del saloon.

CAPÍTULO VII

Sobre la mesa de despacho reposaban un revólver de reglamento, cargado, y un papel.

El capitán Doyle miró ambas cosas. Era difícil decir si le atraía más el revólver o el papel escrito y firmado. Quizá el revólver.

Sentado tranquilamente frente a él, puliendo con la uña la punta de una bala, estaba John Dalton Clarence.

—Toda la ciudad sabe lo que hizo —dijo Doyle, con las facciones crispadas—. No hay nadie en Amarillo que ignore que anoche mató a cuatro hombres y ahorcó a otro como un vulgar asesino.

—Era un vulgar asesino —dijo aburridamente Dalton.

—Eso sólo el *sheriff* o la autoridad militar podemos decidirlo. Es usted un peligro para la ciudad entera, Dalton, y lo ha sido desde que puso los pies en Amarillo. Pero afortunadamente, esto va a terminarse ya.

—Vine aquí un día a pedir justicia y no fui atendido. En vista de ello, me la he tomado. ¿Qué es lo que le pasa? ¿Es que esos cadáveres no estaban bastante guapos, capitán?

—¡He dicho que esto se ha terminado, Dalton!

—¿Por qué?

—Ha llegado ya la orden para que salga inmediatamente en dirección a Fort Cummings.

—Y usted piensa, como todo el mundo, que moriré en el camino, ¿no es así?

—Claro que lo pienso. Pero hay una posibilidad de que usted no cumpla esa orden.

—¿Cuál?

El capitán Doyle empujó el revólver hacia él con un suave

movimiento de su derecha.

—Aquí está. Es un revólver de reglamento convenientemente cargado. Puedo dejarle solo cinco minutos. Entraré cuando oiga la detonación.

Dalton lanzó una burlona carcajada.

—¿Habla en serio, capitán?

—Completamente en serio.

—¿Tan cobarde me cree?

—Siempre es mejor morir de un balazo en la sien, cómodamente sentado, que dejarse la piel en el poste de los sacrificios indios.

Las carcajadas de Dalton se repitieron.

—Mi respuesta sólo puede ser una, capitán. El suicidio es una cobardía y una insensatez. Nadie tiene derecho a disponer de su propia vida ni de la del prójimo si no es en legítima defensa. Todavía soy un hombre, capitán. Guarde ese revólver y dígame cuándo debo partir hacia Fort Cummings.

—Mañana.

—Estaré preparado. Pero antes le participo que meteré seis balas en el cuerpo de un hombre.

—¿Puedo saber de quién?

—Se llama Ben Drawford.

Doyle se puso en pie.

—¡Dalton, está usted loco! ¡Drawford es una verdadera autoridad en la población! —Empuñó nerviosamente el revólver que antes le había ofrecido—. ¡Considérese preso!

Dalton dio un brutal puntapié a la mesa y la volcó sobre el capitán Doyle, mientras éste hacia fuego. La bala hizo un agujero redondo en la madera del mueble. Dalton, con un suave movimiento de su muñeca, disparó una vez a través de la funda y trituró el revólver que Doyle aún empuñaba en su mano derecha.

—Tómelo como un aviso —sonrió—. Si se pone tonto no me importará matarle a usted también, a pesar de que no es mala persona. Es simplemente un pobre idiota.

—¡Dalton! Le juro que… Le juro que aunque esta guarnición parezca liberada de todas las leyes militares, aunque se me haya dado la consigna de ser un hombre blando, le haré ahorcar como a un asesino. ¡Esto es una rebelión! ¡Sabe que puedo matarle!

—No ha sido una rebelión, sino solamente un aviso —sonrió

Dalton—. El que le mataré seré yo, porque ya no me importa lo que pueda sucederme. Téngalo en cuenta, capitán.

En este momento se abrió la puerta bruscamente y un ordenanza entró alarmado por las dos detonaciones.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —dijo Doyle—. Una simple discusión. Retírese y venga solo cuando le llamen.

—Iba a entrar de todos modos, capitán —susurró el ordenanza, confundido—. Alguien desea verle.

—¿Quién?

—El señor Ben Drawford.

El capitán miró fijamente a Dalton, con cierto apuro. Pero al fin decidió que allí era él quien tenía que dar las órdenes.

—Hágale pasar —decidió.

El ordenanza saludó y se retiró sin comprender qué diablos era lo que allí ocurría.

La puerta se abrió unos instantes después y entró Ben Drawford.

El puñetazo que recibió le hizo salir disparado y dar dos vueltas completas por el suelo mientras aullaba de dolor.

Dalton, junto a la puerta, con los puños preparados aún, le contemplaba desafiadoramente.

—Vamos, Drawford, entra otra vez.

Drawford intentó sacar el revólver que llevaba en su funda sobaquera, pero Dalton disparó una sola vez a través de la funda. El cacique tuvo que llevarse las manos a una de las orejas con un aullido de dolor. El lóbulo de esa oreja había saltado limpiamente, segado por la bala de Dalton.

—Esto es sólo una marca por cortesía de la casa —dijo el joven —. Y al mismo tiempo, quiero darle una noticia, Drawford.

—Habla, maldito.

—Me marchó mañana.

—¿Y qué?

—Pues sencillamente, que sólo tengo veinticuatro horas para matarte. Puedes irlo preparando todo: redactar el testamento, comprarte un bonito ataúd… ¡Ah! No olvides una pomada calmante para el cuello. Puede que la soga te duela un poco.

Drawford se estremeció, y se oyó en el silencio de la habitación el rechinar de sus dientes.

—Te enviaré al infierno, Dalton. Aún tengo muchos hombres en Amarillo capaces de quemarte vivo.

—Pues vete trayéndolos uno a uno. De aquí a mañana, tengo tiempo para llenar todo un cementerio.

Drawford fue a incorporarse, pero Dalton le propinó un salvaje puntapié en la boca y le trituró todos los dientes delanteros.

—Esto va por la gente a la que has ahorcado. Pero repito que es sólo un aviso, Drawford. Que seas muy feliz hasta mañana.

Salió del despacho del capitán Doyle sin dirigir una sola mirada al caldo.

Éste se levantó. Tenía la elegante levita y la inmaculada camisa completamente perdidas de sangre.

—¡Tiene que fusilar a ese hombre, capitán Doyle! ¡O ahorcarle! ¡Ahorcarle será cien veces mejor!

—¿Ha venido solo para hablarme de esto?

—Anoche mató a cinco de mis hombres. Las cosas están llegando demasiado lejos, capitán. —A Drawford le costaba hablar por entre sus dientes medio rotos—. ¿Y no conoce una noticia? Pronto va a haber elecciones. El Gobierno ha reconocido a sus antiguos enemigos, es decir, los políticos del Sur, plena libertad para hacer campaña electoral y ser elegidos. Yo sé que llegaré a senador por este estado. Lo tengo todo en la mano, todo seguro, como si los votos estuvieran aquí… —Y apretó el puño frenéticamente—. Cuando yo sea senador le haré la vida imposible si no cumple mis órdenes desde ahora, Doyle.

—¿Y qué órdenes tienen que ser ésas?

—Ahorcar a Dalton y quemar todos los documentos y la información que se dispone a enviar a Washington sobre lo que está ocurriendo en la ciudad.

Doyle se mordió los labios.

—No sé de qué me habla.

—Mire, capitán, usted es un idiota, pero de vez en cuando prepara informes para el Gobierno, cosa que no estoy dispuesto a consentir.

—Parece que usted no está dispuesto a consentir nada, Drawford.

—Se lo dije desde el primer momento. Usted no tendría problemas en la ciudad si se limitara a guardar una actitud pasiva.

Lo que le interesa es el ascenso, y para ascender no le conviene ir armando demasiado ruido, Doyle.

—Las instrucciones que recibí fueron las de comportarme lo más pacíficamente posible y de hacer una política de reconciliación.

—Todo le es favorable —rió Drawford, siniestramente—. Cumple las instrucciones recibidas, está en paz conmigo, las cosas en Amarillo marchan como una seda y usted consigue el ascenso antes de tres meses. ¡El mayor Doyle! ¡Qué bien suena! ¡Pero desobedézcame un poco y morirá, Doyle! ¡Morirá antes de veinticuatro horas!

—El que debe tener cuidado de no morir es usted, Drawford.

—¿Es que apoya a ese loco de Dalton?

—Dalton ha faltado a la disciplina, pero reconozco que me ha enseñado unas cuantas cosas que todo militar debería saber.

Drawford sacó bruscamente el revólver que Dalton no le había permitido tocar y aplastó varias veces con saña la culata sobre el tabique nasal del capitán, quien se cubrió la cara con las manos y cayó de rodillas gimiendo de dolor.

—Tiene usted mujer e hijos, Doyle, y es demasiado débil, demasiado vulnerable —dijo Drawford, mientras reía de una forma gutural—. Siga diciendo tonterías y se acordará de nosotros.

—Si hace algo contra mis hijos… —balbució Doyle.

—No se puede ser débil, capitán. Ha vacilado demasiadas veces y ahora tiene en contra a Dalton y me puede tener en contra a mí. Yo, en cambio, no vacilo nunca. Si he de ahorcar a su mujer y he de hacer quemar vivo a cualquiera de sus hijos, lo haré.

—¡Retire esas palabras, Drawford! ¡Dispongo en Amarillo de cien hombres armados!

—Pero no puede luchar contra una ciudad entera. Porque la ciudad soy yo. Y si intenta algo contra mí, lo pagarán todos sus familiares. Queda advertido, Doyle. Advertido para siempre.

Como el capitán aún estaba doblado hacia adelante y sujetándose el tabique nasal roto, Drawford lo enderezó de un brutal rodillazo en la cara. Luego, salió del despacho.

Dalton, al salir de nuevo a la calle, recargó tranquilamente el revólver. Un niño se acercó a él y se le quedó mirando.

—¿Funciona?

Dalton miró al niño. Era Richard, huérfano de un sargento

asesinado tres días antes. Vivía con su madre, viuda, en el acuartelamiento. El joven le sonrió con simpatía.

—Claro que funciona, Richard. No te lo dejo probar porque pesa demasiado para ti, pero cuando seas mayor iremos los dos juntos más hacia el Oeste a cazar bisontes.

—Yo ya he tocado muchos revólveres. Tengo nueve años —dijo orgullosamente Richard.

—Es que éste lo guardo… para cierto trabajo. Bueno, ¿y puede saberse qué es lo que haces por aquí, Richard?

—Te estaba buscando.

—¿A mí?

—Sí. Tengo que hablarte.

—¿Y qué tienes que decirme? Si quieres dinero para alguna cosa, yo te lo daré. ¿Es eso lo que buscas?

—No. Ya me has dado dinero otras veces, y mamá siempre me dice que no abuse. Quiero hablarte de papá.

Dalton cerró los ojos para que el niño no viera la expresión apenada que había pasado por ellos.

—Tu padre era un gran hombre, muchacho. Cuando seas mayor, acuérdate siempre de esto.

—Dejó a mamá unos papeles.

—¿Qué papeles?

—Yo no entiendo de eso, pero mamá dijo que era un informe que podía comprometer a mucha gente importante de aquí. Se asustó mucho y los quemó en la chimenea.

Estaba claro que el padre de Richard, el sargento Thompson, había sido asesinado por orden de Drawford y precisamente a causa de aquel informe que se sospechaba iba a enviar. Se puso en cuclillas para hablar mejor con el niño y le miró directamente a los ojos.

—¿Dices que quemó esos papeles?

—Sí, eso cree ella.

—¿Qué significa eso cree?

—Pues que cuando ella salió de la habitación, yo me eché encima de los papeles y pude salvar unos cuantos. Mira, me quemé y todo en esta mano. Luego tuve que decirle a mamá que había sido jugando.

Dalton se mordió los labios con tal fuerza, que brotó de ellos una

gota de sangre.

—Hiciste mal, Richard. Lo que los padres hacen, no se debe impedir.

—Pero es que a mí me sabía mal que mamá tuviera miedo. Papá siempre decía que hay que ser valiente. Y decía también que el hombre más valiente de toda la ciudad eras tú. Yo salvé esos papeles solamente para dártelos.

—¿Dónde los tienes?

—En el molino del viejo Harwell.

—Pues vamos allí ahora mismo.

—No puede ser. No podrá ser hasta la noche. El viejo Harwell está ahora allí y como el molino es pequeño, vería lo que yo hago aunque tú le entretuvieras.

—¿Sabes que eres un chico listo, Richard? Pero ¿por qué escondiste los papeles allí?

—Porque así estarían muy lejos de casa y nadie sospecharía el escondite, ya que el viejo Harwell era uno de los enemigos de papá.

Dalton le acarició suavemente una mejilla. Era extraño. A él le habría gustado tener un hijo así. A él, que no quería ligarse a ninguna mujer, que quería vivir siempre en una continua aventura, no le habría importado casarse, fundar un hogar, llevar una vida monótona con tal de llegar a tener un hijo como Richard.

—Iré yo mismo allí —dijo—. Tú no te preocupes más por esos papeles. Daré un papirotazo al viejo Harwell, lo ataré de pies y manos y encontraré lo que tú escondiste.

—No, no lo hagas. El viejo Harwell es peligroso. Y, además, ya sabes que siempre hay sudistas rondando por allí.

—No importa, muchacho. A mí me son simpáticos los sudistas mientras no se metan conmigo. Y si se meten, tengo dos compañeros —se palpó los revólveres—, que les darán la bienvenida.

—Tú no encontrarías nunca esos papeles, Dalton. Y me hace ilusión entregárselos yo mismo. Es… es como si cumpliera un mandato de papá.

Dalton comprendió que no podía privar a aquel niño de algo que era su ilusión máxima, y poniéndose en pie le acarició los cabellos.

—Está bien, Richard, me los entregarás tú. ¿Dónde te parece que hemos de encontramos?

—Esta noche, a las nueve, junto al álamo que hay cerca del molino del viejo Harwell.

—Está bien. No faltaré.

Le tendió la mano, como si se tratase de una persona mayor, y luego lo saludó militarmente. El pequeño Richard se cuadró también, radiante de gozo. Le producía ya el efecto de ser un auténtico hombre de guerra.

Mientras el muchachuelo se alejaba, Dalton pensó en aquellos informes que tan inesperadamente iba a obtener. No había duda de que eran importantes, puesto que por ellos había muerto el sargento Richard Thompson. Debían denunciar seguramente todo lo que estaba ocurriendo en Amarillo y poner de manifiesto el peligro de un nuevo alzamiento general en el Sur. Pero por encima de todo lo que dijesen, tenían un valor incalculable debido a una sola causa: su autenticidad estaba avalada por la sangre de un muerto.

Estaba pensando en todo eso, mientras acariciaba maquinalmente las culatas de sus revólveres, cuando de pronto alguien dijo junto a él:

—Hola, condenado.

Dalton se volvió con los ojos entrecerrados. La belleza soberana de Bárbara Raines se los hizo abrir del todo.

—Hola, Bárbara.

Se preguntó si ella habría podido oír lo que hablara con el pequeño Richard. ¿Cuánto tiempo llevaba Bárbara allí? Imposible saberlo.

—Parece como si no te alegraras mucho de verme —sonrió ella.

—¿Qué haces aquí?

—Después de cómo me trataste la última vez que nos vimos, no debería ni siquiera hablarte —dijo ella, por toda respuesta.

—Si te hubiese tratado como merecías, aún te habría salido mucho peor, Bárbara.

—¿Es que… todavía podías tratarme peor? ¿Cómo merezco que los hombres me traten?

—Mereces que te besen —silabeó Dalton.

Ella se sonrojó.

—¿Es que no sabes que te odio, Dalton? ¿No sabes que para mí eres un ser despreciable que está de más en la ciudad?

—¿Por qué no me demuestras tu odio de alguna manera?

Ella, aunque era alta, se tuvo que izar sobre la punta de los pies para besarle furiosamente en la boca.

La escena, aunque había tenido lugar a la sombra protectora de un porche, no dejó de ser notada por algunos de los que pasaban por la calle. Se oyeron un par de silbidos de admiración. Bárbara Raines, intensamente sonrojada, retiró la cara poco a poco.

—Gracias por tu odio —susurró Dalton.

—No creas que esto es el fin. Sólo te he besado para compensar un poco lo que te sucederá más tarde. Ben y sus hombres te buscarán y entre todos haremos que cuelgues de una soga.

—En mi última voluntad pediré que me beses otra vez.

Ella sonrió de una forma extraña, inquietante, y se alejó unos pasos de él, moviendo las caderas con una gracia inimitable.

—Iré a verte cuando te cuelguen, Dalton.

—Sí, ya me acordaré de enviarte una invitación.

—¿Sabes? —musitó Bárbara—. He tenido la desgracia de conocer muchos hombres en esta vida, pero ninguno que fuera como tú.

—Y yo no he conocido a ninguna mujer que se te pareciera. Estamos empatados. Lárgate.

Ella movió los labios como si enviara un beso a través del aire y se alejó pausadamente.

Él se la quedó mirando durante un par de largos minutos.

—¡Diablos!

La verdad era que resultaba fastidioso dejarse la piel en una ciudad como Amarillo después de haber conocido una mujer así.

Dio media vuelta y se alejó. En el porche donde habían estado, existía un recodo, y en ese recodo vio Dalton los restos de un largo cigarro a medio consumir. Se fijó en eso de una forma maquinal, inconsciente, de la misma manera que se hubiese fijado en una cápsula de bala. Incluso pensó, después de dirigirle una mirada distraída: es cubano legítimo. Y siguió andando.

Unos pasos más allá, encontró al capitán Doyle. El capitán caminaba dificultosamente y su nariz parecía entumecida y como si hubiese cambiado de forma. Intentó fingir que no había visto a Dalton, pero tuvo que darse por enterado cuando éste le saludó llevándose la mano al ala del sombrero.

—¿Qué tal la entrevista con ese pájaro, capitán?

—A usted no le importa.

—¿Ha sido él quien le ha puesto la nariz de esa manera?

Doyle le miró con ojos llameantes. No se atrevió a contestar.

—Si le faltan balas para descerrajarle a ese tipo un tiro en el corazón, yo se las venderé, capitán. A buen precio.

—¿Sabe una cosa, Dalton?

—Dígala.

—Voy a informar de lo que ocurre al general Bradley, que es el juez militar de más categoría de todo este territorio. Ya no soporto más. Llegará aquí antes de que usted marche a Fort Cummings y es posible que le haga ahorcar en público, aunque sólo sea para dar ejemplo.

El general Bradley tenía fama de tipo duro y hasta sin entrañas, de esos que son capaces de hacer pasar por las armas un escuadrón entero sólo porque un soldado no les haya saludado bien. Pero Dalton no pestañeó siquiera.

—Me ha asustado usted, capitán. ¿Sabe qué voy a hacer?

—Emborracharse.

Le saludó otra vez y volvió a su habitación del hotel. No bebió una sola gota de licor, desde luego. Tenía cosas más importantes que hacer, y, sobre todo, que pensar hasta que llegase la noche.

Repasando mentalmente todo lo que había sucedido y pensando sin querer en Bárbara Raines, el tiempo transcurrió tan velozmente que cuando se dio cuenta eran ya las nueve de la noche.

Revisó la carga de les revólveres, comprobó que salían bien de las fundas y marchó a la calle para acudir al lugar donde tenía que encontrarse con el pequeño Richard.

Pero antes de llegar allí, tropezó con una mujer.

CAPÍTULO VIII

La mujer era todavía joven, bonita, y sus cabellos de un hermoso color rubio, flotaban al viento frío de la noche. Iba vestida de luto.

Se detuvo al ver a Dalton.

—¡Cuánto me alivia encontrarle, teniente! ¿Sabe usted dónde está mi hijo?

Aquella mujer todavía joven era la viuda del sargento Thompson, la madre del pequeño Richard.

—¿Su hijo?

—Me han dicho, o mejor he oído decir, que esta mañana había estado hablando con usted.

Dalton notó que una especie de sexto sentido se le ponía inmediatamente alerta.

—¿Dónde ha sido eso?

—¿Es que no es cierto?

—Lo es, pero dígame dónde ha oído esa noticia. Creí que no nos había escuchado nadie.

—Unos pistoleros profesionales lo estaban comentando, vueltos de espaldas a mí, en el Parcery Saloon, cuando he pasado frente a su puerta, hace diez minutos. Y no me ha gustado el modo como lo decían. No sé por qué, pero oír el nombre de mi hijo en boca de aquellos hombres me ha intranquilizado, y por eso he venido corriendo en su busca.

—Ha hecho bien, señora. Acompáñeme.

—¿Adónde va?

—Su hijo Richard y yo hemos quedado citados a esta hora junto a un álamo que hay cerca del molino del viejo Harwell. No hay duda de que estará allí.

Dijo esto para tranquilizar a la mujer, pero en el fondo de su

corazón algo le advertía que estaba a punto de ocurrir algo terrible y monstruoso.

El lugar de la cita no estaba lejos de allí. Fueron a pie. Dejaron atrás los imprecisos límites de la ciudad de Amarillo y, de pronto, al doblar el recodo formado por una colina, se encontraron junto a un arroyuelo en el que el tronco de un álamo parecía bañarse en sus aguas.

Allí no estaba Richard. No había nadie. Pero más allá, detrás de otra cercana colina, se atisbaba el trágico resplandor de un incendio.

Los dientes de Dalton rechinaron en la noche como los de una fiera que se dispone al ataque.

—¡Richard! —gritó angustiosamente la mujer que iba junto a él —. ¡Richard!

Corrieron los dos en dirección al resplandor rojizo. Y les bastó alcanzar la loma de la achatada colina para distinguir el molino de Harwell completamente envuelto en llamas.

No era aquél un incendio casual. Las llamas lo envolvían demasiado bien por los cuatro costados para que aquello fuese un simple accidente. ¡Y precisamente a aquella hora! ¡Y en un lugar donde tenía que entrar con el pequeño Richard!

¡Pero Richard no podía estar allí! ¡Era demasiado inhumano! ¡No podía ser!

La mujer cayó de rodillas sobre la hierba fresca de la colina, y hundiendo la cabeza, se puso a llorar angustiosamente. Sus palabras de dolor eran como una plegaria desesperada, patética, terrible.

Dalton se encontró acariciándole los cabellos sin darse cuenta, intentando animarla con el humano calor de sus dedos acostumbrados a manejar el revólver, el puñal, el sable pesado de la caballería…

—Richard no está ahí, señora. Permanezca quieta. ¡Su hijo Richard no puede estar ahí!

Pero un minuto después, sin darse cuenta tampoco, estaba ya corriendo como un loco colina abajo, en dirección al molino incendiado.

Desde unas trescientas yardas de distancia, alguien le hostigó con disparos de revólver calibre pesado. Las balas pasaron algo altas porque eran disparadas con demasiado nerviosismo. Dalton miró en

aquella dirección y vio cuatro jinetes que se alejaban a toda la velocidad de sus monturas mientras seguían haciendo fuego.

Sacó su revólver derecho, puso rodilla en tierra y apuntó con los dientes apretados, lleno de odio, al último de todos, que se distinguía más fácilmente porque llevaba un caballo, blanco.

Lo fue siguiendo durante unas yardas moviendo el revólver con la exactitud de una máquina, y, de pronto, hizo dos disparos.

El jinete cayó a tierra.

Dalton hubiese podido matar a alguno más, pero no lo hizo porque no podía perder tiempo. Ahora ya tenía un cadáver que más tarde le serviría de pista. Se dirigió como un bólido hacia aquella antorcha humeante que era el molino del viejo Harwell.

Dio un par de puntapiés a las vigas que se le venían encima, desvió con varios salvajes puñetazos unos tablones llameantes que volaban sobre su cabeza y saltó al interior del pequeño edificio.

Éste estaba construido con piedra y madera. La madera había ardido completamente y la piedra empezaba a desmoronarse.

Una vez dentro, con los ojos llorosos a causa del humo, Dalton pudo distinguir a dos cuerpos inertes.

Uno era pequeño, el otro grande y encorvado. ¡Richard y el viejo Harwell! ¡Ni siquiera a Harwell, el fanático sudista, habían perdonado aquella cuadrilla de asesinos!

Una sola mirada le bastó para convencerse de que el viejo estaba muerto. Había sido asado materialmente por las llamas. Lo que quedaba de su rostro, su expresión, daba horror.

Dalton no quiso mirar al pequeño. Quizá estuviera vivo aún. Al menos era evidente que las llamas no le habían alcanzado. Lo tomó entre sus brazos, y saltando por entre las tablas llameantes, como una fiera acorralada, se dejó caer sobre la hierba.

El cuerpo frágil de Richard rodó junto al suyo. El niño no tuvo ni un solo movimiento reflejo. Sus músculos parecían una cosa floja, inerte, como si fueran de algodón.

Desesperadamente, Dalton intentó practicarle la respiración artificial, según métodos aprendidos en el ejército. Pero resultó todo inútil. Richard había muerto asfixiado por el humo. Y fue entonces cuando Dalton se dio cuenta de otro detalle horrible. Le habían atado los pies, poniéndole entre las rodillas un algodón empapado de petróleo. Ahora pudo ver Dalton que parte de las piernas del

muchacho no existía ya.

La madre, vacilando, dando traspiés, venía hacia ellos colina abajo.

Para que ella no viera las piernas quemadas, Dalton se arrancó de dos tirones la camisa y se las envolvió con ella. La expresión de Richard era resignada y dulce. Las lágrimas quemaron en el fondo de los ojos de Dalton, y el pistolero que estaba agazapado en el fondo de su corazón, pareció saltar entonces como una fiera rabiosa a la que se ha dejado libre.

La mujer se arrodilló junto al cadáver y se puso a llorar espasmódicamente.

Dalton, sin saber qué decir en aquellas circunstancias, estuvo largos minutos quieto, silencioso, oyendo tan sólo el llanto de la mujer.

Algunos rancheros que habitaban en las cercanías fueron llegando en los minutos siguientes, atraídos por el incendio. Todos se despojaron de los sombreros y quedaron inmóviles ante el cuadro patético que formaban la madre y el hijo. El grupo, en poco tiempo, se hizo tan numeroso como en un funeral.

—Voy a buscar a un sacerdote —dijo al fin uno de los rancheros —. Es lo único que se puede hacer.

Dalton le miró de una forma extraña. Sus ojos rebrillaron a la luz incierta de las llamas.

—Dígale que rece también por todos los que van a morir esta noche —susurró.

El cadáver estaba allí, caído de bruces, con dos agujeros redondos sobre la camisa, a la altura del corazón.

Dalton le dio la vuelta con el pie. Era un tipo de unos cuarenta años, con la cara devorada por la viruela. El joven recordaba haberlo visto entre los pistoleros que formaban la escolta personal de Ben Drawford.

Por si aún necesitaba alguna prueba más, aquel muerto era más que suficiente.

Dalton no llevaba camisa porque había envuelto con ella las piernas de Richard. Despojó de la suya al muerto, manchada todavía de sangre, y se la puso. Era una camisa a cuadros brillantes que llamaba la atención. Sería un buen aviso de que la muerte se acercaba para todos los que aquella noche habían de morir.

A pie emprendió el regreso a Amarillo. Pero una vez en la ciudad, no se encaminó directamente en busca de Ben Drawford, sino que hizo algo bastante más complicado. Sacó su caballo de la cuadra pública y galopó en él hacia la mansión de Bárbara Raines.

La mansión, como siempre, parecía deshabitada. Sólo había luz en algunas ventanas del piso superior. Dalton descerrajó la puerta principal a puntapiés y a tiros. Subió rápidamente al piso superior, y llamó delicadamente, con los nudillos, a la puerta que sabía ya era la del dormitorio de Bárbara.

La muchacha la abrió.

Y del primer gancho que recibió en el mentón, cayó hacia atrás gimiendo y con los labios bañados en sangre.

—Pero…

Dalton entró poco a poco y cerró la puerta.

—¡En pie!

Bárbara Raines se sujetó la barbilla. Todos los huesos de su cabeza parecían temblar. Al ver que el hombre se acercaba, aún tuvo fuerzas para gemir:

—¡Dalton! ¡Por Dios!

La invocación detuvo el gesto del hombre, que iba ya a golpearla con sus botas. Los ojos con que la miraban hicieron comprender a Bárbara que en estos momentos ella no le parecía una mujer, sino un reptil al que había que aplastar cuanto antes.

—Tienes que explicarme, Dalton. ¿Qué ocurre? ¿Por qué esa locura?

—Tú eras la única que pudo oír mi conversación con el pequeño Richard Thompson… —Silbó amenazadoramente él.

—La oí. No lo niego. Sabía que ibais a encontraros esta noche en el molino del viejo Harwell.

—Eres una víbora, pero no cabe duda de que conservas cierto valor. Has confesado enseguida y así no me costará ningún esfuerzo abrirte la cabeza de un balazo.

—¿Es que ha ocurrido algo?

—Han abrasado a ese muchacho. ¿Te gusta oírlo, no? Tu plan ha salido perfectamente. Lo único que ha fallado es que yo sigo vivo y con dos revólveres cargados. Es un detalle importante.

—¿Dices que ese niño ha muerto?

Había lágrimas en los ojos de la mujer.

—No quiero escenitas ahora, Bárbara. Reza.

Levantó el revólver apuntando cuidadosamente al centro de la cabeza de la muchacha.

—No temas. No te haré sufrir.

Ella, jadeando, le miró como quien ve una aparición, como quien ve algo a lo que no puede dar crédito.

—No te atreverás. Tú no eres un asesino, Dalton. Tú no puedes matar a nadie así.

Hubo como una crispación en los ojos del hombre.

¿Se atrevería a disparar? ¿Volaría en pedazos aquella cabeza, la más bonita que había visto en su vida? ¿Lo transformaría todo en silencio, desolación, muerte…?

En estos momentos, él sólo pensaba en el pobre muchacho asesinado.

Sí, se atrevería.

Cuando una mujer no tiene corazón, resulta cien veces peor que un hombre.

Tendió un poco más el brazo para apretar el gatillo. Y en ese momento, Bárbara gritó ansiosamente:

—¡Cuidado!

CAPÍTULO IX

Dalton se volvió instintivamente, haciendo girar el revólver. Pero no había nadie tras él. La habitación, a excepción de ellos dos, estaba completamente vacía.

Una trampa.

Bárbara se arrojó a sus pies, con una velocidad que nadie hubiera esperado de una frágil mujer, y le hizo vacilar. Dalton estuvo a punto de dar con sus huesos en tierra. Pero logró recuperarse a tiempo, saltar hacia atrás y liberarse del fatídico abrazo.

Bárbara, todavía caída a sus pies, tembló pensando que había fallado la trampa y que ahora ya nadie la libraría de la muerte.

Dalton no disparó. Por el contrario, se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y la besó en la boca.

—Tienes, al menos, una virtud, Bárbara —musitó—. Eres valiente.

—Dalton, tienes que creerme. ¡Tienes que creerme, por Dios! ¡Yo no he podido enviar a un pobre niño a esa horrible muerte!

—No te creo, Bárbara. Y no pienses que por ser mujer y por ser bonita vas a librarte del castigo que mereces. Pero déjame decirte, al menos, que eres la mujer más decidida y más valiente que he conocido.

Fue entonces cuando ella, que miraba por encima del hombro de Dalton, gritó otra vez aquella cosa extraordinaria:

—¡Cuidado!

—Ya me has engañado una vez, ¿no? —susurró él—. ¿Qué trampa quieres intentar ahora?

—Dalton, yo…

No llegó a terminar la frase, En aquel momento, una culata se

aplastó salvajemente contra la nuca del joven.

Dalton sintió que todo vacilaba a su alrededor, dio un empujón a la muchacha y ladeó inmediatamente la cabeza. Eso hizo que el segundo culatazo no le estallara en la cabeza, sino en el hombro, junto al cuello. Sintió un dolor vivísimo y eso hizo que se despabilara inmediatamente. Los efectos del golpe anterior casi desaparecieron. Se dejó caer a tierra, dio una vuelta sobre sí mismo y luego se puso en pie con una agilidad que hubiese envidiado un acróbata.

Las balas fueron siguiéndole, mientras picoteaban el suelo. Su enemigo, después de fallar el golpe en la nuca, disparaba ahora a mansalva, intentando cazarle. Dalton dio un puntapié a una butaca, la derribó mientras sacaba, y entonces pudo ver a Ben Drawford.

Drawford aún tenía la boca torcida a causa de los dientes que él le había roto por la mañana, y con mano frenética empuñaba un Colt 45. Pero estaba demasiado nervioso para acertar.

Dalton hizo fuego una sola vez, atravesándole la mano derecha. Luego guardó el revólver y saltó hacia Drawford.

Pero Drawford no era un tipo blando. Lo cazó con la izquierda de un gancho al mentón que lo hizo rodar por tierra.

Inmediatamente, el cacique sacó un puñal y se lanzó sobre el caído mientras aullaba de rabia.

Dalton lo recibió con las dos piernas flexionadas, las tensó de repente y lo hizo saltar como un fardo contra la pared frontera. Un cuadro que colgaba de ésta, cayó. Los cortinajes se rasgaron.

Drawford arrojó el cuchillo, intentando clavarlo en el cuerpo de su enemigo, y éste se ladeó. El arma, vibrando, se clavó hasta las cachas en el marco de madera de una de las ventanas.

Con las dos manos, Dalton levantó a su enemigo y lo arrojó igual que un pelele contra otra de las paredes. Drawford salió rebotado y el joven lo cazó con un directo alucinante, estremecedor, que rompió toda la mandíbula de su adversario con un «chaaask» siniestro y desencajó todos los nudillos del puño derecho de Dalton.

Ben se desplomó con un aullido de terror casi femenino, cayendo a tierra con los brazos en cruz. Pero aún intentó levantarse y entonces Dalton le propinó sin piedad un puntapié detrás del pabellón de la oreja, haciéndole patinar de un lado a otro sobre el suelo encerado de la habitación. Bárbara ahogó un chillido.

Ahora Ben Drawford, el poderoso Ben Drawford, estaba por completo a su merced. Dalton sacó un revólver, levantó calmosamente el martillo y apuntó.

El hombre más poderoso de Amarillo volvió la cabeza hacia él. Sus facciones rotas estaban desencajadas por el miedo.

—No… no lo harás… —gimoteó.

—¿Y por qué no había de hacerlo… miserable asesino de niños?

—Porque si disparas sobre mí de este modo serás igual que nosotros, Dalton. Serás un asesino como nosotros. Y tú siempre has dicho que quieres que te maten de frente y matar cara a cara…

A Dalton le temblaba el revólver en la mano por primera vez en su vida. Quería acabar, aplastar a aquella víbora de una vez… El dedo presionaba ya el gatillo cuando Drawford susurró:

—Asesino…

Dalton bajó el revólver. Nunca había matado a un hombre así. Nunca sería capaz de matarle.

—De todos modos irás a la horca, Drawford.

Drawford intentó arrojarse a sus pies, como antes había hecho Bárbara, y hacerle perder el equilibrio. Pero Dalton le golpeó con la puntera en el vientre y le hizo caer de rodillas otra vez, gimiendo y lloriqueando.

—¡Arriba! ¡El *sheriff* quiere verte!

—No podrás… acusarme de nada.

—¿No? Pues pienso acusarte de una docena de cosas, entre ellas de asesinato e incendio. Voy a pagar de mi bolsillo la cuerda con que te ahorcarán, Drawford. ¡Andando!

Guardó el revólver en la funda y él mismo levantó a Drawford para empujarle brutalmente hacia la salida.

—¡Andando!

Bárbara, junto a la ventana en cuyo marco estaba clavado el puñal, susurró:

—¿Y a mí no me llevas, Dalton?

—Tú no podrás moverte de aquí. No serás capaz de huir de Amarillo. Pero antes de que amanezca, cuando Drawford esté ahorcado, ajustaremos cuentas, preciosa.

—Te estaré esperando —dijo, enigmática.

Fuera de la casa había dos caballos, el de Dalton y el que había traído a Drawford hasta allí. El joven ordenó a su prisionero:

—Monta y empieza a galopar en dirección a la ciudad. Iré a unas cuantas yardas detrás tuyo, campeón. Si tratas de huir te colgaré del primer árbol que encontremos en la ruta.

Drawford no intentó huir. Sabía que su enemigo era buen jinete, y, además, llevaba dos revólveres.

Llegaron a Amarillo.

La ciudad hervía de una extraña y sorda agitación, pues ya se había corrido por todas partes el rumor de que algo extraño y desconcertante estaba sucediendo.

Ante la oficina del *sheriff* se agolpaban los mirones, que lanzaron bruscas exclamaciones de asombro al ver venir prisionero a Drawford, con la cara deshecha y el cuerpo convertido en una inmensa mancha de sangre.

El representante de la ley salió a la puerta al oír el trote de los caballos.

—¿Qué clase de broma es ésta, Dalton?

—Le traigo a un tipo que me ha pedido el favor de que hagamos colgar esta noche. ¿Está ahí el juez?

—Pues sí. Jugábamos una partida.

Dalton acercó su caballo al de Drawford, dio un soberbio revés a éste y lo hizo caer de su montura a tierra. Luego entró él y a puntapiés lo hizo entrar en la oficina del *sheriff*.

Dentro estaba el juez, vestido de negro y con las facciones intensamente pálidas.

—¿Qué es esto, Dalton?

—Le traigo un asesino. Él mismo va a declarar que esta noche ha hecho quemar vivos a un niño y a un viejo.

—Yo… —comenzó a balbucir Drawford.

—Tú confesarás ahora mismo, Drawford, o te haré arrastrar detrás de mi caballo por toda la ciudad.

Drawford sabía que su enemigo era capaz de cumplir aquella amenaza. No hablaba por hablar. Pensó que al fin y al cabo, el juez y el *sheriff* estaban de su parte y que aún podría ganar tiempo si confesaba.

—He hecho incendiar el molino del viejo Harwell —declaró—. Éste y un niño estaban dentro.

—¿Han muerto ambos? —preguntó el juez, con los ojillos brillantes.

—Seguro. No habrán podido escapar.

—En tal caso, Ben Drawford, y una vez escuchada tu declaración… —El juez lanzó una especie de grito—, ¡quedas condenado a muerte!

—Pero… —rugió Drawford.

—¡Ya estaba harto de ti! —chilló el juez—. ¡Harto! Buscaba alguna ocasión para hacerte caer de tu maldito trono e implantar en Amarillo la justicia. ¡Y ahora ya has caído, Ben Drawford! ¡Has caído, pero nosotros volveremos a elevarte… cuando cuelgues de una soga!

Drawford, que no esperaba aquello, lanzó un rugido e intentó saltar hacia una de las ventanas, pero Dalton lo inmovilizó de una dolorosa presa en los riñones.

El juez gritó:

—¡Colgarás de una soga, Drawford, maldito seas!

Y en aquel momento se oyeron dos disparos y la cabeza del juez saltó hecha pedazos.

CAPÍTULO X

Todo había sucedido muy rápidamente, quizá con demasiada rapidez.

Dalton mismo, acostumbrado a vivir toda clase de situaciones extrañas, quedó desconcertado esta vez y durante unas fracciones de segundo no supo qué pensar, como si estuviera viviendo una pesadilla.

El juez tuvo el tiempo para llevarse las manos a la cara, que parecía haberse abierto en dos, y cayó a tierra lanzando un sordo gemido.

Luego todo fue muy fácil para la cuadrilla de asesinos que acababa de irrumpir en la oficina del *sheriff*.

Cinco hombres armados, los cinco mejores pistoleros que le quedaban a Drawford, empezaron a disparar en todas direcciones. Su primera víctima había sido el juez como pudo haber sido Dalton, pero estaba bien claro su propósito de no dejar a nadie con vida.

Dalton dio un puntapié a la mesa más cercana, y con eso consiguió librar al *sheriff* de las balas, mientras él mismo daba un salto de costado y desenfundaba sus revólveres. El *sheriff* gritó:

—¡Huya, Dalton! ¡Sálvese, maldito sea! ¡Usted aún puede cambiar esta podrida ciudad!

Dalton, un poco inclinado adelante, con los dientes apretados y una mirada de fiebre en los ojos, empezó a disparar mientras gritaba:

—¡Yo no huyo nunca, *sheriff*! ¡Nunca!

Dos de los pistoleros cayeron alcanzados mortalmente por sus balas. El *sheriff* recibió entonces plomo a la altura del corazón y tuvo que soltar sus armas, mientras daba un traspié intentando llegar hasta la puerta. Un balazo entre los ojos lo inmovilizó y lo

hizo caer a tierra, a los pies de uno de sus asesinos.

La muerte del *sheriff* distrajo a Dalton un instante, sólo un instante. Pero eso resultó fatal para él.

Drawford, que no llevaba armas, se lanzó en tromba y logró sujetarle por la espalda, apretándole las manos hacia abajo para que no pudiera disparar.

Uno de los pistoleros le clavó un puntapié en el bajo vientre y le hizo doblarse. Aprovechando ese momento, tiró de los revólveres y desarmó a Dalton.

Éste lanzó una maldición, pero ya era tarde.

Tres hombres, además del propio Drawford, le sujetaban después de caer sobre él igual que lobos. Uno le echó la cabeza hacia atrás, sujetándole por los cabellos, y Drawford se hartó de golpearle en la mandíbula, el pabellón nasal y los ojos, hasta que no pudo más, hasta que tuvo la sensación de que le iban a estallar los nudillos.

Afortunadamente para Dalton, la paliza recibida antes por Drawford había restado la mitad de sus fuerzas.

Pero aun así, el rostro de Dalton, cuando el otro terminó, estaba cubierto de sangre.

—No lograrás nada, Ben Drawford —dijo de todos modos, escupiendo las palabras—. Todavía queda una guarnición en Amarillo. Te harán pasar por las armas antes de que amanezca.

—¿Sí, eh? Tengo dos hombres más ahí fuera, protegiendo este sitio.

—Pero el capitán Doyle se enterará de que estoy aquí.

—¿El capitán Doyle? —Lanzó una carcajada gutural y repitió—: ¿El capitán Doyle?

En ese momento la puerta se abrió y el propio capitán entró en el local, mirando con recelo a los cadáveres que alfombraba el suelo.

Dalton lo miró con sorpresa, pensando que entraba allí por su propia voluntad y precisamente para ayudar a Drawford. No podía creer que un hombre, aun siendo tan débil como el capitán, pudiera traicionar de ese modo su honor y su uniforme. Pero pronto se convenció de que Doyle no estaba allí por su propia voluntad.

Un pistolero iba tras él, llevando un Colt apretado contra sus riñones.

Dalton sonrió, pero sin ninguna alegría.

—¿Qué le ha ocurrido, capitán?

—El juez militar acaba de llegar. Iba buscándole, Dalton.

—Y en lugar de eso le han encontrado a usted, ¿eh?

—Estos pistoleros no se atreverán a hacer nada contra mí.

Doyle miró fijamente al verdadero dueño de la ciudad de Amarillo. Por primera vez, sus ojos, que habitualmente eran tímidos y cobardes, reflejaban una inquebrantable decisión.

—Y si se atreven —añadió, mientras continuaba mirando a Drawford—, tampoco les servirá de nada. Es inútil cuanto intenten. Un informe completo, explicando todo lo que ocurre en esta maldita ciudad y citando nombre tras nombre, ha sido enviado ya a Washington. El juez militar, general Tucker, tiene también copia. En cualquier momento puede hacer declarar el estado de guerra en esta zona.

—¿Y nosotros seremos pasados por las armas?, ¿no? —rió Drawford.

—Ése es vuestro destino.

—No hace falta —susurró Dalton, siniestramente—. Un hombre sólo basta para acabar con toda esta cuadrilla de asesinos, y yo soy ese hombre.

Pero se dio cuenta de que Drawford no le miraba. Drawford tenía ahora los ojos fijos en el rostro del capitán, y esos ojos llameaban de odio.

—¿Es cierto que ha enviado usted un informe a Washington?

—Lo es.

—¿Sabe que antes de que lleguen sus soldados tengo tiempo para arrancarle a tiras la piel?

—Lo sé.

Drawford rugió:

—¡Muchachos! ¡Dadle su merecido! ¡Él morirá primero!

Dalton fue a abalanzarse contra el grupo de pistoleros para defender al capitán. Pero en este momento, una culata se aplastó dos veces sobre su cráneo y cayó pesadamente a tierra.

Debió estar sin sentido tan sólo unos cinco minutos.

Cuando lo recobró pudo ver que al capitán Doyle le habían desabrochado la guerrera y le quemaban la piel con la llama de un quinqué de petróleo. Con los dientes apretados, conteniendo desesperadamente el alarido que ya tenía como clavado en la

garganta, Doyle movía la cabeza de un lado a otro masticando su propio dolor.

Pero no gritaba. Después de sus vacilaciones, de sus cobardías incluso, se estaba portando ahora como un héroe.

Drawford rugió:

—¡Derramad petróleo encima suyo! ¡Quiero convertirle en una antorcha!

Dalton se movió, a ras del suelo con la velocidad de un reptil y enlazó por los pies a uno de sus enemigos, haciéndolo caer a tierra. Drawford lanzó una maldición mientras sacaba el revólver nuevamente. Doyle intentó moverse también, pero sólo consiguió que un gigantesco puñal Bowie se le clavara hasta la mitad en el pecho.

—¡Yo le vengaré, capitán! —rugió Dalton—. ¡Todos irán esta noche a la tumba!

El asesino que empuñaba el cuchillo hizo torniquete con él, clavándolo poco a poco hasta el fondo.

La última mirada del capitán fue para Dalton, y sus últimas palabras fueron:

—Gracias, teniente.

Dalton, mientras tanto, luchaba a mordiscos en el suelo, como una fiera acorralada, contra todos los que intentaban someterle.

Los culatazos volvieron a caer sobre su cráneo, e iba ya a quedar sin sentido de nuevo, cuando alguien entró en la oficina del *sheriff*.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —preguntó una voz.

Era la voz de Bárbara Raines.

CAPÍTULO XI

Ondulante, suave, perfumada, Bárbara Raines se levantó un poco el borde de la falda para pasar sobre los muertos.

Su tobillo enfundado en la delicada media negra fue el único detalle de luto que los cadáveres tuvieron por aquella noche.

—Pero ¿qué sucede aquí? —repitió.

—Las cosas han cambiado —rugió Drawford—. ¡Ahora este tipo es nuestro prisionero! ¡Ahora podrás ver una hermosa función, Bárbara!

Entre todos pusieron a Dalton en pie. Éste ya no intentaba defenderse, pero sonreía aún de una manera insolente y un poco siniestra.

—Buenas noches, Bárbara.

—Buenas noches, amor.

Fue hacia él, acercó sus rojos labios como si fuera a besarle, y, de pronto, le cruzó la cara con dos secas bofetadas.

—Gracias —dijo Dalton.

Adelantó bruscamente el rostro, y antes de que ella pudiera retirarse del todo, logró besarla en los labios. Bárbara se estremeció y Drawford lanzó un alarido de rabia.

—¡Acabemos de una vez con él!

—Sí —dijo despectivamente Dalton—. La función ya empieza a cansarme. Ya es hora de que termine con todos vosotros, ¿no?

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Todavía eres… todavía eres tú el que nos amenaza?

A Dalton le sujetaban por los brazos, pero no por los pies. Levantó ambas piernas secamente y clavó los tacones en el pecho de Drawford, que cayó hacia atrás sobre uno de los muertos, lanzando un grito de sorpresa y de terror.

Porque cada movimiento de aquel diablo llamado Dalton, era para él como una amenaza de muerte.

—¡Disparad! —rugió—. ¡Atravesadle!

Pero lo que había empezado a suceder ya era una especie de terremoto.

Aprovechando el instante en que los pistoleros miraban a su jefe, Dalton movió los brazos y consiguió liberarse. Hizo una contracción y saltó hacia atrás antes de que sus enemigos pudieran darse cuenta de lo que sucedía.

Desde la pared saltó otra vez hacia adelante, como empujado por una fuerza ciega. Era como un huracán o como un bisonte que se lanza durante una estampida. Clavó la cabeza en el estómago de uno de los pistoleros y cayó a tierra con él, mientras le castigaba rabiosamente el rostro.

Las distancias eran tan reducidas en la pequeña oficina que los otros pistoleros no se atrevieron a hacer fuego por temor a herirse entre sí.

Únicamente Drawford empezó a vomitar fuego con su revólver, sin preocuparse de ver a quién hería. Sus propios hombres tuvieron que arrojarse a tierra para evitar ser alcanzados. Bárbara se apretó contra una de las paredes y miró como hipnotizada aquella salvaje escena.

Durante unos instantes reinó en aquella sala una confusión indescriptible y diabólica.

Pero quizá, entre todos los que estaban allí, el único que aún pensaba serenamente era Dalton.

Ahora no tenía nadie a quien salvar. Doyle había muerto. Bárbara Raines estaba de parte de Drawford. De lo único que tenía que preocuparse era de salvar su propia piel, cosa, por cierto, bastante difícil.

Pero calculó que si lograba saltar hasta una de las ventanas de la parte posterior quizá aún lograría escabullirse, aprovechando el nerviosismo de sus enemigos.

Dio un puntapié al que estaba junto a él, lo arrojó contra Drawford, volcó una mesa y levantó con dos ágiles movimientos uno de los cadáveres.

Todo esto lo hizo en menos de diez segundos.

Acto seguido, el cadáver fue lanzado contra uno de los pistoleros

que levantaba ya su Colt. La bala brotó del revólver y perforó la cabeza de un hombre que estaba ya muerto. Se oyó una salvaje maldición lanzada por Drawford, y ése fue el momento que aprovechó Dalton para saltar hacia la ventana.

Los pocos cristales que quedaban enteros saltaron hechos añicos al choque con su cuerpo. Varias balas siluetearon su figura. Se oyó un rugido de Drawford:

—¡No le dejéis escapar!

Varias balas siluetearon la figura de Dalton cuando éste saltaba por la ventana. Pero demasiado tarde.

El joven se encontró en una zona húmeda y blanda que debía ser el jardín situado detrás de la casa. Agazapado entre las sombras, salió para dar la vuelta a la misma, mientras, dentro se reproducían los disparos y los gritos, como si Drawford se hubiera vuelto loco y descargase en sus propios pistoleros todo su condenado furor.

Dalton necesitaba hacerse con un revólver. Corrió agazapado hacia la calle principal y vio que estaba desierta en toda aquella zona. Sonrió secamente y se pegó a la puerta de la oficina del *sheriff*.

Sus enemigos no tardarían en salir.

El primero que hizo acto de presencia fue el pistolero más grueso y más fuerte de todos, un tipo a quien Dalton había roto los dientes con el canto de la mano un momento antes. Ahora, apenas lo vio salir, le golpeó en la nuca con los puños enlazados. El pistolero cayó a tierra como si le hubiese fulminado un rayo.

Dalton se inclinó, sujetó por la culata el revólver del caído e hizo un par de disparos de prevención a través de la puerta. Los que iban a salir se echaron hacia atrás precipitadamente o se arrojaron al suelo. Eso permitió a Dalton ganar unos segundos que empleó en ceñirse el cinturón canana de su enemigo caído.

Tenía allí plomo suficiente para acabar con media ciudad. Plomo para Drawford y todos sus amigos.

Corrió hacia el porche frontero, que estaba desierto, y desde donde podría batir casi por completo la oficina del *sheriff*.

Recargó el revólver y esperó con todos los nervios en tensión.

Nadie se movía dentro de la casa. Drawford debía estar estudiando la inesperada situación, pues se había convertido de sitiador en sitiado. Y sabía que al primero que se atreviera a salir le

volaría Dalton la tapa de los sesos.

En efecto, Dalton no esperaba otra cosa. Ver aparecer a sus enemigos para empezar a disparar.

De repente, tuvo la sensación de que algo se movía a su espalda.

Se volvió, con el revólver preparado. Y vio entonces el rostro de un hombre de mediana edad, delgado, con un canoso bigote. Ese hombre estaba encendiendo una pipa, y precisamente por la llama pudo ver Dalton su rostro.

—¿Qué hace aquí? —Silbó.

—¿No lo ve? Fumando…

Aquel extraño tipo estaba sentado en una silla de mimbre del oscuro porche, silla que Dalton no había podido ver antes a causa de las tinieblas que lo envolvían todo. Se fijó entonces mejor y a la misma luz de la llama pudo ver que el desconocido llevaba uniforme de oficial del ejército nordista.

Sólo un tipo en aquella parte de Texas podía tener tanta sangre fría: el general Tucker, juez militar de máxima categoría en toda aquella zona. El mismo cuya visita le había anunciado Doyle para aquella noche.

—Ha elegido mal sitio —dijo Dalton.

—Lo sé, pero me gusta ver las cosas de cerca. Pasaba por aquí, he oído los disparos y, como según las noticias que tengo, donde hay disparos tiene que estar usted, me he detenido a ver lo que pasaba.

Dio una chupada a su pipa. Dalton miraba alternativamente al general y la casa donde estaban encerrados sus enemigos. El revólver era como una prolongación de sus propios dedos. No pensaba soltarlo hasta haber acabado con Drawford y todos sus amigos. Con todos.

—¿Dónde está el capitán Doyle? —preguntó calmosamente el general.

—Ha muerto.

—¿Lo ha matado usted, Dalton?

—Doyle ha muerto como un valiente, y yo no mato a los valientes.

—Pues entonces esta ciudad debía estar llena de cobardes, porque creo que la ha dejado usted medio vacía.

—No exagere.

Dentro de la oficina del *sheriff* seguía sin apreciarse el menor movimiento.

—¿Debo entender que todavía no ha terminado su trabajo? —preguntó el general—. ¿Por qué no suelta este revólver?

—Ahí dentro hay unos cuantos tipos con los que me gustaría hablar, los mismos que han asesinado a Doyle y al *sheriff* y al juez de Amarillo. Los mismos que han hecho ahorcar hombres y mujeres indefensos para encender de nuevo la guerra en Texas.

—¿Sabe ya que Drawford es un personaje importante y que puede llegar a senador en este estado?

—Drawford es sólo un adorno para una buena cuerda, general. Esas elecciones le aseguro que va a ganarlas.

El general se puso en pie.

—¡Basta, Dalton! Está usted comprometiendo nuestra política, está destruyendo la obra que nos habíamos propuesto hacer. ¡Suelte ese revólver y deje que yo hable con Drawford!

—Sí, ¿eh? Si quiere que suelte el revólver, venga a quitármelo usted.

—¡Dalton!

En ese momento brotaron varios balazos de la puerta y ventanas de la oficina del *sheriff*. El general recibió plomo en una mejilla y sólo por una pulgada se libró de caer muerto al suelo. Dalton, que se hallaba vigilante, vació el tambor de su revólver, pero demasiado tarde comprendió que el que estaba disparando desde la oficina del *sheriff* era un hombre solo —por cierto, muy rápido—, mientras los demás escapaban por la parte trasera del edificio.

—¡Envíeme una corona de flores, general! —gritó mientras atravesaba de nuevo la calle, corriendo en zigzag—. ¡Y no olvide enviar otra para Drawford!

Tucker rugió:

—No puedo enviarle a Fort Cummings, Dalton, porque acabo de recibir la noticia de que toda la guarnición ha sido pasada a cuchillo. ¡Pero le haré fusilar! ¡Si aprieta otra vez el gatillo, le haré fusilar!

Dalton ya ni siquiera llegó a escuchar estas palabras. Y si las escuchó, no le importaron lo más mínimo.

Llegó a la oficina del *sheriff*, se pegó a la pared de la fachada y fue deslizándose sigilosamente. Tenía el cuerpo bañado en un

pegajoso sudor frío. Sabía que estaba solo contra cinco pistoleros armados y contra los ojos de Bárbara Raines. Unos ojos endemoniados contra los que, a pesar de todo, no sabría luchar.

En la esquina del edificio se detuvo. No sabía dónde estaban sus enemigos. La ciudad entera parecía acecharle. El silencio que reinaba en la calle era parecido al silencio de una tumba.

Al fin dio un salto, pasó frente a la esquina y rodó por el suelo en una zona de tinieblas. Varias detonaciones señalaron su paso. Los proyectiles picotearon la tierra, junto a él.

Dalton empezó a retroceder poco a poco, en cuclillas y de espaldas. Como las espuelas podían hacer ruido, se despojó de ellas con dos hábiles movimientos y las arrojó a unos pasos por delante de él. Inmediatamente varias balas se clavaron en el lugar donde habían ido a caer.

Por los fogonazos pudo situar Dalton a dos de sus enemigos. Disparó varias veces seguidas, hasta agotar el tambor, mientras cambiaba de posición continuamente. Oyó un gemido frente a él y enseguida el choque de un cuerpo al caer a tierra.

Fue entonces cuando alguien empezó a disparar desde su espalda. Las balas pasaron silbando junto a su cabeza. Dalton se dio cuenta de que estaba cercado otra vez. Los papeles habían vuelto a invertirse.

El que estaba a su espalda tiraba desde el ángulo de un porche. Dalton vio que en el centro de éste había unos sacos de grano. Avanzando sobre las rodillas y los codos se dirigió sigilosamente hacia allí, mientras sus enemigos disparaban desde todas direcciones.

Una bala le arrancó cabellos y otra le produjo un rasguño en el tobillo. Pero Dalton contaba en su favor con un elemento, y era que sus enemigos no le veían bien y tiraban al azar.

Llegó junto a los sacos, se parapetó tras ellos y vio que ofrecían escaso refugio porque eran muy pocos. Pero no tenía otra cosa para elegir.

Vio un hombre que corría a situarse enfrente de él junto a unos barriles apilados al otro lado de la calle. Dalton hizo un solo disparo y le atravesó la cabeza. Llevado de su propia inercia, el muerto llegó hasta los barriles y los derribó con la cabeza antes de quedar tendido en tierra para siempre.

Dalton intentó localizar a los restantes enemigos, pero le fue imposible. Todos se habían ocultado bien.

A un lado de la calle, aunque él no los veía, estaban dos pistoleros bien agazapados. Al otro lado se encontraba Drawford. Y junto a Drawford, mirándolo todo con la extraña sonrisa, se hallaba Bárbara Raines.

Drawford susurró:

—Yo juraría que se ha parapetado tras esa pequeña pila de sacos. No es seguro, pero por los fogonazos tiene que estar ahí.

—¿Y qué piensas hacer para sacarle?

—No lo sé. Puede aguantar ahí un par de horas hasta que le alcance alguna bala. Y antes de eso intervendrán las tropas, estoy seguro. He de pensar alguna cosa.

De pronto Bárbara notó que él acariciaba con deleite el largo cañón de su revólver.

—En esa casa, casi encima de la pila de sacos, hay una ventana —susurró Drawford.

—¿Y qué se te ocurre?

—Alguien ha de entrar en esa casa, se asomará por la ventana y acribillará a Dalton por la espalda. Será un juego de niños.

—Muy bien. ¿Y quién jugará a ese juego?

—Tú.

Bárbara se estremeció un momento, pero enseguida volvió a flotar en sus labios aquella extraña sonrisa.

—¿Yo? —se limitó a preguntar.

—Sí. Tú llegarás allí fácilmente porque tus zapatos son más finos y menos ruidosos que nuestras botas. Además tu figura apenas se distingue en la oscuridad. Toma este Colt. No habrá nadie en esa casa ahora, seguramente. Entras por la puerta o por cualquier ventana, te asomas a espaldas de Dalton y le descerrajas un balazo en la nuca. No habrás hecho nada más fácil en toda tu vida.

Puso el Colt en la mano derecha de Bárbara. Ella acarició el largo tubo de acero.

—¿Lo harás, Bárbara? ¿Sabrás llegar hasta allí y clavarle una bala cuando lo tengas a tiro?

Bárbara musitó:

—Lo haré… Porque odio a ese hombre como jamás he odiado a nadie en mi vida.

CAPÍTULO XII

Bárbara empezó a avanzar mientras Drawford y sus pistoleros enviaban contra el sitiado una granizada de balas.

Con esto consiguieron distraerle y hacer que no se fijara en nada más. La muchacha, entretanto, con una suavidad que hubiera envidiado la más experta bailarina clásica, cruzó en varios saltos la calle y se situó a pocas yardas de donde estaba encerrado Dalton.

Ahora sólo tenía que entrar por la parte delantera de la casa. —Dalton estaba acorralado junto a la parte trasera—, buscar la ventana indicada y atravesar limpiamente la cabeza del hombre.

Dalton ni lo notaría siquiera.

Cuando la muchacha hubo desaparecido de su vista, Drawford empezó a deslizarse como un reptil de un lado a otro de la calle, hasta llegar junto a sus pistoleros.

—Dalton no dispara —susurró uno de ellos—. ¿Le habremos dado?

—No os fiéis. Nos está observando. Pero ahora Bárbara le cazará por la espalda, a través de la ventana que hay en esa fachada de la casa.

—¿Por eso ha empezado a disparar tanto? ¿Para distraer a Dalton?

—Sí, y vosotros me habéis imitado. Así es como deben hacerse las cosas. Ahora, apenas Bárbara asome por esa ventana, iniciaremos el asalto. No hay que dar a Dalton ni la menor oportunidad.

—De acuerdo.

Esperaron, con sus revólveres a punto. Un silencio pesado y angustioso parecía haberse depositado sobre la calle. Todos sentían cómo el sudor resbalaba por sus frentes y oían el compás de su

propia respiración.

Y de pronto Drawford susurró:

—¡Ahora!

En efecto, algo se había movido a espaldas de Dalton, en la ventana. Algo que brillaba débilmente a la luz incierta de la noche.

¡El revólver de Bárbara Raines!

Drawford dio rabiosamente dos puntapiés a sus pistoleros para que salieran de sus escondites y se lanzaran al ataque. Estaba acostumbrado a mandar y a ser obedecido ciegamente. Los dos asesinos salieron disparando frenéticamente y por su misma rapidez sorprendieron a Dalton, quien no había conseguido localizarlos aún.

Hizo fuego sin sospechar que detrás de él estaba Bárbara Raines apuntándole con un revólver al centro de la cabeza.

Bárbara cerró el ojo izquierdo. Apuntó mejor.

Nunca había tenido un blanco tan fácil, tan seguro. Jamás un hombre había estado tan ajeno como Dalton al peligro que se le avecinaba.

Y por eso las facciones de la muchacha sufrieron una brutal contracción cuando Dalton, sin volver la cabeza, dijo:

—Has hecho demasiado ruido con la ventana, muchacha. ¡Y llevas un perfume tan delicioso! Cualquiera puede adivinar tu presencia desde veinte pasos de distancia. ¿No ha pensado en eso el granuja de Drawford al enviarte aquí?

Bárbara no podía hablar. Tenía como un nudo angustioso en la garganta.

¿Por qué no se defendía él? ¿Por qué no la mataba? ¿Por qué no aprovechaba su momentánea desorientación para clavarle una bala entre los ojos?

Mientras disparaba contra las sombras de la calle, Dalton dijo sin volverse:

—Será delicioso acabar a manos de una mujer como tú, Bárbara. Por eso no intento ni siquiera defenderme. Estaba condenado a muerte desde que empecé esta loca aventura.

Pero primero deja que elimine… a ese canalla de Drawford.

Uno de los pistoleros estaba ya llegando al porche. Gritó con todas sus fuerzas:

—¡Dispara, Bárbara! ¡Dispara de una vez!

Bárbara disparó.

Y su bala atravesó de un lado a otro la cabeza del pistolero.

El otro intentó cobijarse, sabiéndose perdido: Dalton apretó dos veces el gatillo y los dos proyectiles le atravesaron el pecho a la altura del corazón.

Un silencio bochornoso, lleno de presagios, cayó otra vez sobre la calle.

Dalton susurró simplemente:

—Gracias, Bárbara.

—Sigo siendo partidaria del Sur —musitó ella como única respuesta—, pero esos asesinos estaban pudriendo nuestra causa.

—Me temo… que yo voy a ser pronto partidario de lo mismo que tú —dijo Dalton mientras una estrecha sonrisa flotaba en sus labios.

Se puso en pie y empezó a avanzar por el centro de la calle.

Llevaba el revólver enfundado. En éste sólo había una bala.

Drawford intentó huir. Empezó a retroceder poco a poco. Las luces lejanas de la calle principal iluminaron su figura vacilante.

El sudor hacia que las ropas se pegaran estrechamente a su cuerpo.

Su respiración era jadeante.

Al llegar a la esquina intentó reunir todas sus fuerzas para escapar, pero una voz ronca advirtió a su espalda:

—Trate de escapar, Ben Drawford, y le dejaré seco aquí mismo.

Los, ojillos de Drawford giraron asustados. Se volvió un poco. Tras él, con el dedo negligentemente apoyado en el gatillo de un revólver, estaba el general Tucker. Lo conocía porque fue a pedirle permiso para iniciar la campaña electoral. Drawford casi no podía creerlo.

—¡Yo soy aquí el amo! —gritó frenéticamente—. ¡Van a elegirme senador! ¡Van a elegirme…!

—Van a elegirle una tumba, Drawford. He venido para observar las cosas de cerca. Y me han bastado cinco minutos para saber la clase de tipo que es usted.

En aquel momento, de las tinieblas del otro lado de la calle, comenzó a surgir una silueta alta y negra.

Luego aquella silueta se perfiló más.

Un rostro, unos ojos llameantes.

Una mano engarriada a dos pulgadas del revólver, a punto de

moverse. ¡A punto para «sacar»!

Dalton estaba allí.

Diecisiete pasos, dieciséis, quince…

Dalton se detuvo.

—No dispararás… —rugió Drawford—. ¡No te atreverás a hacerlo!

—Eres el último a quien falta repartir plomo, Drawford. ¡«Saca»!

Ben Drawford movió la mano izquierda tirando del revólver que ya tenía engarriado en ella. Dalton le concedió esa ventaja, que podía ser decisiva. Una llamarada color rojo brotó de su revólver. Dalton, al recibir la bala en el brazo izquierdo, se encogió, mientras hacía fuego a su vez. Un solo disparo. Una sola bala.

Ben Drawford sintió como un golpe sordo entre los dos ojos y cayó a tierra mientras lanzaba un aullido. Su mano derecha soltó el revólver para volar a la cabeza, y allí se crispó manchada de sangre. Cuando cayó a tierra, sobre el polvo, estaba ya muerto.

Dalton lanzó al suelo su revólver también, para sujetarse el brazo izquierdo.

—Asunto terminado, general —dijo mirando a Tucker—. Puede mandar cuando le plazca que formen el piquete. La única condición que pongo es poder beber una copa con todos los soldados que me hayan de dar el pasaporte.

Tucker se acarició el bigote pensativamente.

—Voy a condenarle a algo peor, Dalton.

—Pero ¿es que hay algo peor aún?

—Sí. ¡Voy a condenarle a que se case!

En este momento Bárbara Raines llegaba junto a Dalton y le sujetaba ansiosamente el brazo herido, mientras su rostro, sus ojos, decían cosas que sus labios aún no se habían atrevido a decir jamás.

—¿Qué opinas tú de esta sentencia, Bárbara? —preguntó Dalton mirándola al fondo de sus pupilas azules.

—Creo… —sonrió ella—, que nos conviene aceptarla a los dos.

FIN